

Economía sin Humanos

Cuando dejamos de ser necesarios

Mario Eduardo Hidalgo Villota
Cristian David Hidalgo López



Editorial
Universidad de Nariño

êditorial

Universidad de **Nariño**

Economía sin Humanos

Cuando dejamos de ser necesarios



Economía sin Humanos

Cuando dejamos de ser necesarios

*Mario Eduardo Hidalgo Villota
Cristian David Hidalgo López*

editorial
Universidad de **Nariño**

Hidalgo Villota, Mario Eduardo

Economía sin humanos : cuando dejamos de ser necesarios / Mario Eduardo Hidalgo Villota, Cristian David Hidalgo López. -- San Juan de Pasto : Editorial Universidad de Nariño, 2026.
117 p. : il. byn.

Incluye bibliografía p. 113-115

ISBN: 978-628-7933-08-8 Impreso

ISBN: 978-628-7933-09-5 Digital

1. Evolución del empleo 2. Transformación productiva 3. Estructura económica 4. Automatización laboral 5. Economía--Aspectos sociales 6. Cambio tecnológico--Impacto económico 7. Fuerza de trabajo--Efectos de la automatización 8. Futuro del trabajo I. Hidalgo López, Cristian David

306.36 H632e - SCDD-Ed. 23



Sección de Biblioteca
"Alberto Quijano Guerrero"

Economía sin humanos - Cuando dejamos de ser necesarios

© Editorial Universidad de Nariño

© Mario Eduardo Hidalgo Villota
Cristian David Hidalgo López

ISBN Digital: 978-628-7933-09-5

ISBN Impreso: 978-628-7933-08-8

DOI: <https://doi.org/10.22267/lib.udn.081>

Corrección de estilo: Mag. Manuel E. Martínez Riascos

Diseño y diagramación: Angie Gabriela Ordoñez

La imagen utilizada en la portada fue generada con apoyo de inteligencia artificial mediante ChatGPT y posteriormente adaptada para fines de diseño y composición visual de esta publicación.

Fecha de publicación: Septiembre 2026

San Juan de Pasto - Nariño - Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o cualquier propósito, sin la autorización escrita de sus autores o de la Editorial Universidad de Nariño

Dedicatoria:

A Doris y Alejo, por el tiempo que no compartimos
mientras esta obra tomaba forma. Su paciencia y
presencia silenciosa hicieron posible que estas páginas
hoy existan.

Y a quienes, aun trabajando no han logrado encontrar
un lugar claro en el mundo que hacen posible. Este
ensayo también les pertenece.

Contenido

	Pág.
Introducción	8
Capítulo 1. Estrategia metodológica	13
Capítulo 2. Un mundo sin trabajo humano	21
Capítulo 3. El día en que dejamos de ser necesarios	34
Capítulo 4. La promesa de automatizarlo todo	48
Capítulo 5. La paradoja	59
Capítulo 6. La ruptura silenciosa	69
Capítulo 7. La supremacía del capital	77
Capítulo 8. La resistencia invisible	85
Capítulo 9. Lo que podría venir	91
Capítulo 10. ¿Liberación o irrelevancia?	98
Capítulo 11. El problema no era el trabajo	104
Reflexiones finales	109
Referencias	113

Introducción

Históricamente, el trabajo fue una de las formas más concretas de habitar el mundo. Este no solo garantizaba la subsistencia; también organizaba la vida, delimitaba posiciones en la sociedad y otorgaba un lugar a los humanos dentro de un entramado económico, social y político que dependía, de una u otra forma, de ese aporte para preservarse, para poder sobrevivir y reproducirse.

La centralidad del trabajo en la modernidad no responde únicamente a una función económica. Más que una actividad productiva, el trabajo ha contribuido a la construcción de un mundo relativamente estable en el que los individuos pueden reconocerse, situarse y dar significado a su propia existencia.

La pérdida gradual de la necesidad del trabajo trasciende una mera transformación productiva para convertirse en una alteración más profunda de las condiciones en que lo humano emerge en el mundo. Lo que comienza a disiparse no es solo una actividad, más bien es una forma históricamente determinada de habitar, de participar y de ser reconocido dentro de una realidad común.

Esta transformación no irrumpe de manera abrupta ni deriva en un quiebre completo con el pasado. La primacía del trabajo en la sociedad contemporánea ya venía siendo erosionada por las propias dinámicas del capitalismo postindustrial, en las que el empleo deja de operar como el eje exclusivo de integración social. El escenario planteado no debe interpretarse como una anomalía, sino como la intensificación de una tendencia histórica en la que el trabajo pierde la condición de estructuración de la experiencia social.

El problema no se limita a la desaparición del trabajo; reside en la transformación de la forma social que lo vuelve necesario. En el régimen capitalista, el trabajo no es simplemente una actividad productiva, sino una forma históricamente específica de

mediación social que estructura el valor, el tiempo y las relaciones sociales. Postone (1993) reinterpreta la crítica marxiana mostrando que el trabajo bajo el capitalismo no debe entenderse únicamente como fuente de riqueza, sino como una mediación social abstracta que organiza la propia dinámica de la sociedad. Así, un sistema que continúa operando sin trabajo humano no solo reconfigura la producción, sino que también tensiona una de las formas históricas de mediación fundamentales de la modernidad.

Con el paso del tiempo algo empezó a moverse. Aquello no fue abrupto ni fácil de percibir al principio. Se fue instalando poco a poco de manera inadvertida. Lo que antes requería del esfuerzo humano comenzó a ejecutarse por sí solo. Las máquinas y los sistemas tecnológicos aprendieron a anticipar, corregir y sostener procesos sin participación directa de ningún mortal, solo apoyadas en flujos de información que minimizaban de manera ininterrumpida la necesidad de trabajo vivo.

Al comienzo, ese cambio fue interpretado como una promesa hecha realidad. Se habló de prosperidad material, de avance técnico, de ganancias en eficiencia y productividad; e incluso, de liberación. Durante largos años se había sostenido la idea de que las máquinas asumirían la carga del trabajo permitiendo a los individuos dedicarse a otras formas de existencia. Y, en cierto modo, eso empezó a ocurrir, aunque no exactamente en los términos en que lo habíamos imaginado.

Nada se detuvo. Las ciudades siguieron activas, los sistemas operando y la producción fluyendo con mayor regularidad que antes. No hubo una ruptura palpable. De hecho, este suceso pasó casi desapercibido. No obstante, algo dejó de estar ahí. No fue el trabajo lo que desapareció primero, fue su necesidad. Y, con ello comenzó a desdibujarse la relación que durante largo tiempo había vinculado a los ocupados con el valor.

A partir de ese momento la pregunta dejó de ser qué hacemos. En su lugar, el interrogante fundamental fue otro, más difícil de justificar, pero más urgente de formular: *¿Qué ocurre cuando los humanos dejamos de ser necesarios?*

A partir de este punto, esta narrativa comienza a tomar forma. No como una exposición estrictamente teórica ni como una demostración empírica convencional, sino como una exploración situada en el campo de la investigación-creación en la que la producción de conocimiento se articula mediante la relación entre reflexión conceptual y construcción narrativa.

Más que limitarse a describir un fenómeno percibido por todos, este trabajo propone la construcción de un escenario en el que la economía sigue operando sin necesidad del trabajo humano con el propósito de analizar las implicaciones de esta transformación no solo en el ámbito productivo, sino también en la manera en que los individuos interpretan su lugar en la realidad.

Este desplazamiento metodológico implica asumir que ciertas dimensiones del problema —particularmente aquellas vinculadas al sentido, la pertenencia y la experiencia— no pueden ser plenamente captadas a través de categorías analíticas tradicionales y, por tanto, requieren formas de indagación que permitan exteriorizarlas desde la experiencia misma.

La figura de Jorge no cumple una función meramente narrativa; esta opera como un dispositivo metodológico a través del cual se hacen inteligibles las mutaciones que aquí se proponen examinar. El presente ensayo reconstruye situaciones en las que el trabajo pierde progresivamente su función estructural permitiendo apreciar no solo los cambios en el funcionamiento de la economía, sino sus efectos en la forma en que se configuran el sentido, la necesidad y la participación de los humanos.

Lo que sigue, no es únicamente un ejercicio de imaginación ni una proyección futurista en sentido estricto. Se trata de una exploración teórico-especulativa que dialoga con tradiciones de la economía política que han vinculado históricamente el valor al trabajo de hombres y mujeres. Desde los planteamientos clásicos en los que el trabajo aparece como medida y fundamento del valor hasta sus reformulaciones críticas, esta relación ha constituido uno de los ejes esenciales para comprender el funcionamiento de la economía actual.

La presente obra pone a prueba ese supuesto en un escenario límite; en otros términos, aquel en el que dicha relación deja de sostenerse. En la tradición de la economía política el trabajo ha sido comprendido como la sustancia del valor. La hipótesis de una economía que continúa operando sin requerir a los humanos introduce así una tensión fundamental: la posibilidad de que el sistema persista aun cuando la base que históricamente lo ha sustentado deje de ser necesaria.

El trabajo no se remite únicamente a la producción, más bien es una mediación social históricamente constituida mediante la cual los sujetos han encontrado un lugar dentro del orden económico y simbólico de la modernidad. Su pérdida como condición necesaria no se limita a una transformación técnica; a la vez, abre la posibilidad de una disolución más profunda de la forma social que ha estructurado la modernidad.

Aquí nos aproximamos críticamente a debates contemporáneos sobre automatización y transformación del empleo. Distintas aproximaciones han mostrado que, a pesar del avance tecnológico el trabajo no ha desaparecido, lo que sugiere que la relación entre automatización y trabajo es más compleja de lo que suele pensarse. Al mismo tiempo, se ha planteado que la crisis del trabajo responde también a transformaciones estructurales del capitalismo global que han reducido de manera sostenida su demanda.

Así pues, la hipótesis planteada introduce un desplazamiento decisivo. No se trata solo de explicar por qué el trabajo perdura o por qué escasea, sino de examinar las implicaciones de un escenario en el que deja de ser necesario para el funcionamiento del orden productivo. A lo largo de la narrativa, el problema se desarrolla de manera gradual. En primer lugar, como un cambio sutil en la operatividad de la estructura económica; enseguida, como una fractura en la conexión entre acción humana y valor; y, por último, como una dislocación más profunda en la forma en que los sujetos productivos se reconocen dentro de un mundo que sigue su curso al margen de toda forma de trabajo vivo.

A lo largo de este relato no se busca ofrecer conclusiones cerradas ni respuestas definitivas. Su alcance es fundamentalmente exploratoria y crítica. En su lugar, se propone desplazar el problema en su propia formulación. No se trata de pensar qué ocurre cuando el trabajo de millones de personas se extingue, resulta más urgente comprender qué sucede cuando el trabajo deja de ser necesario. Ese es el punto focal desde el cual se organiza todo lo que sigue.

Se propone una relectura de la relación entre trabajo y valor en contextos de automatización creciente, a partir de la hipótesis de que la pérdida de la necesidad del trabajo constituye una transformación estructural insuficientemente abordada por la teoría económica tradicional. A diferencia de los enfoques que hasta ahora se han concentrado en la desaparición o mutación del trabajo, aquí el problema se desplaza hacia un punto más radical: no precisamente qué ocurre cuando el trabajo cambia o desaparece, sino *qué sucede cuando dejamos de ser necesarios*.



Capítulo 1. Estrategia metodológica

El marco analítico utilizado se inscribe en el campo de la investigación-creación, entendida no como un recurso expresivo, sino como un modo de producción de conocimiento. La construcción narrativa no cumple una función ilustrativa, solo opera como un procedimiento metodológico mediante el cual se hacen visibles dimensiones del problema que no resultan plenamente accesibles a través de paradigmas analíticos habituales.

El núcleo del método consiste en la elaboración de un escenario límite: una economía que continúa operando sin necesitar trabajo humano. Este espacio no se plantea como una proyección futurista ni como una ficción arbitraria, más bien es un experimento conceptual orientado a tensionar categorías fundamentales de la economía política —como trabajo, valor, necesidad y mediación— bajo condiciones extremas.

Bajo las anteriores premisas, los personajes descritos no operan como figuras narrativas independientes; ellos actúan como dispositivos conceptuales. A través de sus experiencias, la presente obra permite explorar los efectos subjetivos, sociales y ontológicos de la transformación estudiada, articulando niveles de análisis que difícilmente podrían integrarse mediante esquemas exclusivamente teóricos.

La investigación-creación no sustituye los enfoques tradicionales; por el contrario, los complementa permitiendo abordar aspectos del problema —como el sentido, la pertenencia o la pérdida de necesidad— que desbordan los lenguajes disciplinares habituales. La validez de esta estrategia metodológica se sustenta en su capacidad para producir inteligibilidad sobre transformaciones estructurales aún en curso, ampliando el campo de lo pensable más allá de los límites de la verificación empírica inmediata.

El dispositivo adoptado es de carácter teórico-especulativo, narrativo y ficcional orientado a examinar las transformaciones contemporáneas en la relación entre trabajo, valor y existencia humana en contextos de automatización extrema.

Esta reflexión se sitúa en la intersección entre economía política, filosofía y teoría crítica, y no persigue la demostración empírica de una proposición concreta. Lejos de eso, el propósito es problematizar y recomponer un conjunto de supuestos que faciliten entender la importancia de los humanos en la realidad económica. Desde esta lógica, el conocimiento no se produce únicamente mediante demostración o contrastación, sino también a partir de la teorización de escenarios posibles, el análisis de sus implicaciones directas y la formulación de preguntas que exceden los marcos analíticos comunes.

En términos metodológicos, este ensayo se organiza a partir de un experimento teórico-conceptual consistente en la construcción de un escenario límite en el que el sistema económico continúa en marcha sin depender del trabajo humano. Este espacio teórico no cumple una función meramente ficcional, sino analítica en la medida en que facilita tensionar categorías fundamentales de la economía política —como trabajo, valor, necesidad, mediación, pertenencia y reconocimiento— bajo condiciones disruptivas. No se trata de una licencia en sentido estricto; más bien funciona como un recurso razonado con implicaciones precisas.

En coherencia con esta perspectiva, el ejercicio recurre a un dispositivo narrativo centrado en la figura de dos personajes peculiares —Jorge y Julián—, cuyas experiencias y diálogos encarnan y hacen visible el proceso de transformación analizado. Este recurso no cumple una función meramente ilustrativa, sino metodológica puesto que posibilita desplegar sistemáticamente las tensiones conceptuales del problema. A través de la interacción entre estos dos personajes, la narración reconstruye situaciones extremas en

las que el trabajo humano pierde su función estructural y habilita al mismo tiempo un espacio de reflexión en el que dichas mutaciones pueden ser pensadas, contrastadas y problematizadas.

Visto así, Jorge opera como un punto de anclaje experiencial desde el cual se hacen visibles los efectos subjetivos de la transformación, mientras que Julián introduce una dimensión interpretativa que articula conceptualmente aquello que, en la experiencia aparece de forma difusa o fragmentaria. La narrativa se configura, por tanto, como una forma de modelización conceptual sensible en la que las escenas, los ritmos, los silencios y los intercambios entre los personajes sustituyen los esquemas formales, posibilitando acceder a dimensiones del fenómeno que no serían plenamente comprensibles por medio de formulaciones abstractas.

La estrategia analítica se desarrolla en tres niveles interconectados. En primer lugar, un nivel descriptivo-especulativo en el que se describe un escenario donde los sistemas productivos han alcanzado tal grado de autonomía que han prescindido del trabajo humano. En segundo lugar, un nivel interpretativo, en el que se examinan las implicaciones de dicho escenario sobre categorías fundamentales como el trabajo, el valor, la necesidad, la pertenencia, el sentido y el reconocimiento. Y, en tercer lugar, un nivel crítico en el que se problematizan las teorías que desde largo tiempo han vinculado el valor a la acción humana, mostrando sus límites frente a un modelo que continúa operando en ausencia de dicha acción.

Este enfoque no busca establecer relaciones causales en sentido empírico-verificable, sino sino explorar las condiciones de posibilidad de una transformación estructural y sus consecuencias en distintos planos de la experiencia social. Dicho eso, el manuscrito dialoga de manera implícita con tradiciones de la economía política y de la teoría social que han situado el trabajo como eje principal en la producción de valor como lo expone Marx (2014).

Asimismo, se conecta con discusiones contemporáneas sobre automatización, expansión de la robótica, intensificación del uso de herramientas de inteligencia artificial, transformación del empleo, precarización laboral y pérdida de primacía del trabajo en los sistemas económicos dominantes.

No obstante, en lugar de desarrollar una revisión sistemática de la literatura, este texto propone una intervención conceptual en la que dichas teorías son puestas a prueba mediante su desplazamiento hacia una dimensión límite: aquella en la que el trabajo humano deja de ser una condición necesaria para la producción. La selección de este procedimiento responde a la naturaleza misma del problema abordado, ya que sus facetas más decisivas —particularmente las vinculadas a la experiencia, el sentido y la pertenencia— no pueden agotarse en una descripción empírica corriente.

En coherencia con lo anterior, la investigación-creación se asume no como recurso estilístico, sino como estrategia metodológica orientada a hacer inteligibles dimensiones del problema que desbordan los marcos analíticos corrientes. Este enfoque se articula con perspectivas contemporáneas de investigación basada en las artes en las que la producción de conocimiento se construye mediante la integración de procesos creativos y reflexión crítica. Así, la narrativa opera como un dispositivo epistemológico capaz de abrir el acceso a dimensiones de la experiencia que los modelos analíticos tradicionales no logran captar plenamente.

Este enfoque metodológico encuentra sustento en desarrollos contemporáneos de la investigación-creación y la investigación basada en las artes (*arts-based research*), en los que la producción de conocimiento no se limita a la validación empírica tradicional, sino que se construye por medio de la articulación entre procesos creativos, experimentación conceptual y reflexión crítica (Candy & Edmonds, 2018; Borgdorff, 2012). Por consiguiente, la creación no se concibe como un complemento ilustrativo del análisis, sino

como un modo específico de indagación capaz de producir conocimiento en sí mismo.

De forma complementaria, la estrategia metodológica aquí propuesta se articula con perspectivas que conciben la especulación como una práctica crítica dotada de rigor, particularmente útil para analizar transformaciones tecnológicas y sociales en curso (Dunne & Raby, 2013). Así, la elaboración de escenarios hipotéticos no se plantea como una proyección arbitraria; al contrario, es un recurso analítico orientado a indagar las implicaciones de tendencias estructurales cuando se llevan a sus límites.

Asimismo, este enfoque se articula con tradiciones de pensamiento que han problematizado la relación entre técnica, conocimiento y sociedad. En este punto, Simondon (2017) y Haraway (2016) cuestionan la idea de la técnica como simple instrumento. No es exactamente un medio pasivo. Más bien, se trata de un conjunto de relaciones que, al instrumentalizarse incide en la forma misma de lo real. La investigación-creación posibilita abordar fenómenos en los que la distinción entre sujeto, técnica y entorno se vuelve progresivamente inestable.

En consecuencia, la estrategia metodológica aquí propuesta no intenta sustituir los enfoques empíricos tradicionales; por el contrario, abre el análisis hacia otras dimensiones de la experiencia y del significado vivencial que estos no alcanzan a captar plenamente. La investigación-creación se consolida como una vía expedita para abordar transformaciones estructurales cuya complejidad desborda los marcos de comprensión existentes.

Esta propuesta encuentra resonancia en análisis contemporáneos que han mostrado cómo, incluso antes de su desaparición, una parte significativa del trabajo había comenzado a perder su función estructural. En particular, Graeber (2018) señala la proliferación de formas de empleo que, aun siendo remuneradas

y socialmente reconocidas, carecen de una justificación clara en términos de necesidad productiva. De esta manera, Lejos de manifestarse de manera abrupta, la inutilidad se constituye gradualmente como una condición latente producida por el sistema, que continúa movilizándolo a los individuos aun cuando su intervención ha dejado de ser imprescindible.

De forma complementaria, este dispositivo metodológico dialoga con paradigmas que entienden la especulación como práctica crítica situada (Haraway, 2016), así como con perspectivas posthumanas que problematizan la centralidad del sujeto humano en contextos tecnológicamente mediados. El sujeto contemporáneo ya no puede pensarse como una entidad autónoma ni como un centro estable (Braidotti, 2013). En palabras de Hayles (1999), esta transformación supone además una creciente imbricación entre cuerpo, información y sistemas técnicos que cuestiona la separación tradicional entre organismo y máquina. El sujeto se configura relacionalmente, atravesado por redes tecnológicas e informacionales que participan activamente en la producción de su capacidad de actuar y decidir.

En cuanto a sus alcances, la presente reflexión no pretende ofrecer validación empírica ni formular predicciones verificables en sentido estricto. Su carácter es fundamentalmente exploratorio y crítico, orientado a ampliar el campo de lo pensable frente a transformaciones tecnológicas aún en desarrollo. En este marco, sus principales aportes radican en la formulación de un problema emergente, la construcción de un marco interpretativo alternativo y la apertura de interrogantes para investigaciones posteriores.

Desde una perspectiva pedagógica, este enfoque presenta una particular capacidad formativa. La integración entre relato, reflexión teórica y especulación conceptual permite aproximarse de manera progresiva a problemáticas complejas, facilitando una lectura en la que las elaboraciones abstractas encuentran

correspondencia con experiencias posibles. De esta manera, el método adoptado no solo encuentra justificación en su propia coherencia interna. También exhibe apreciable fortaleza para volver comprensible una problemática que desborda los límites de los modelos clásicos disponibles.

La producción de conocimiento en investigación-creación no se agota en la explicitación de resultados, sino que se expresa en la capacidad del texto para reconfigurar el problema mismo. El desplazamiento central consiste en mostrar que la cuestión no radica únicamente en la desaparición del trabajo, sino en la pérdida de su necesidad como condición de pertenencia a la estructura económica. De este modo, el conocimiento producido no se presenta como una conclusión cerrada, sino como una reorientación del problema que invita a reconsiderar las categorías desde las cuales se ha pensado la relación entre economía y trabajo vivo.

En suma, el presente ejercicio es de carácter teórico-especulativo y ficcional, en el que la construcción narrativa opera como un artefacto epistemológico. El escenario desarrollado funciona como un experimento conceptual orientado a tensionar categorías fundamentales de la economía política en condiciones límite, haciendo comprensible la dimensión existencial, social y política de un mundo en el que los humanos dejan de ser necesarios.

Capítulo 2. Un mundo sin trabajo humano



La ciudad despertaba antes que sus habitantes. No era algo fácil de percibir a simple vista, ni de un fenómeno que pudiera delimitarse con extrema exactitud. Carecía de un inicio identificable; simplemente tenía lugar. En algún momento de la madrugada de un cierto día, cuando la oscuridad aún no terminaba de desvanecerse y los edificios eran apenas sombras, los sistemas se activaban en silencio.

No había interruptores, ni órdenes.

La iluminación emergía de forma gradual obedeciendo a patrones que ya no requerían vigilancia. Los automotores iniciaban su marcha antes de que alguien pudiera intervenir. En los centros de distribución las cajas avanzaban sin pausa, una tras otra como si ya no hiciera falta que nadie estuviera pendiente de ellas. Todo ocurría casi sin hacerse notar: sin ruido, sin demoras y sin participación humana.

Observada desde arriba, la ciudad parecía igual. Las calles y carreras seguían donde siempre, y las zonas industriales no mostraban cambios sustanciales. Las fachadas de vidrio devolvían la luz del amanecer con una regularidad casi mecánica. Era difícil encontrar señales de ruptura o de reemplazo. Y, aun así, algo ya no estaba ahí.

No era algo visible. No podía señalarse ni aislarse dentro del paisaje. No dejaba un vacío evidente ni alteraba el orden de lo que permanecía. Era más bien una ausencia difusa y difícil de nombrar. Como si perteneciera a una capa del mundo que no solía observarse directamente. Algo que antes resultaba tan evidente que no exigía explicación comenzó a percibirse, tras su desaparición como una ausencia difícil de nombrar con precisión.

Durante varios decenios, ese vacío pasó inadvertido. Las personas continuaban con sus rutinas —despertaban, salían, transitaban— y ocupaban y disfrutaban de los mismos espacios de siempre. Las pantallas no se apagaban. Las puertas permanecían abiertas.

No había señales claras de transformación. Nadie se detenía a mirar con detenimiento.

Aun así, algo en su naturaleza se había reconfigurado. Lo que antes requería intervención humana empezó a desplegarse por sí mismo, y aquello que dependía de decisiones, errores y correcciones propias de los humanos comenzó a sostenerse con una continuidad perfecta. La ciudad dejó de experimentar pausas o interrupciones: todo fluía con una regularidad constante como si hubiera aprendido a mantenerse sin necesidad de la energía de las personas.

En ese flujo constante, imperceptible en un inicio comenzaba a hacerse visible algo más profundo e inquietante: la ciudad había dejado de requerir impulso para mantenerse en marcha. Al principio, aquello fue celebrado. Se habló de progreso, de avance técnico, de eficiencia y de liberación, como si por fin se estuviera cumpliendo una promesa largamente esperada. Se reiteró una idea antigua, erosionada por su constante invocación: la promesa de que el cambio tecnológico liberaría al ser humano del trabajo, trasladaría la producción a las máquinas y permitiría a los individuos dedicarse a formas de vida más plenas, más deseadas.

Esta promesa ha acompañado históricamente al progreso tecnológico, reapareciendo de manera recurrente bajo la expectativa de liberar al humano del trabajo necesario (Rifkin, 1996; Ford, 2016; Brynjolfsson, 2014). No por ello, dicha promesa ha sido formulada casi siempre bajo el supuesto de una reintegración posterior en nuevas formas de actividad. Lo que rara vez se ha interrogado es el alcance de esta liberación cuando deja de implicar cualquier

forma de reinscripción funcional; o sea, cuando el sistema ya no necesita reabsorber aquello que ha desplazado deliberadamente.

Este tipo de narrativas ha sido ampliamente difundido en la literatura contemporánea sobre cambio técnico donde la automatización se presenta como una oportunidad para incrementar la prosperidad y liberar a los individuos de tareas rutinarias y aburridas (Brynjolfsson, 2014). No obstante, estas perspectivas descansan en un supuesto no examinado. En otros términos, la liberación conduce a la reintegración del ser humano en nuevas formas de actividad, premisa poco realista.

No era una promesa nueva. Había estado ahí antes, en otros momentos modificándose con cada avance y volviendo como algo que parecía a punto de cumplirse. Y cuando empezó a hacerlo, lo hizo sin conflicto aparente; sin ruptura visible como si todo encajara de manera natural en el curso de las cosas.

Las máquinas aprendieron, luego siguieron aprendiendo más y más de manera incesante. Después comenzaron a anticiparse, entrenadas sobre volúmenes masivos de datos que ya no requerían de la participación humana para corregirse. Lo que antes estaba sujeto a supervisión por parte de individuos de distintas calificaciones comenzó a resolverse por sí solo. Casi sin notarse, no hubo tarea que las máquinas no realizaran mejor, ni decisión por optimizar, ni proceso por cerrar por sí mismas con tal precisión que ya no dejaba espacio para la duda ni para la corrección.

La profundización de la inteligencia artificial no representa únicamente una nueva etapa de automatización. Es una mutación en la relación entre conocimiento, decisión y acción. A diferencia de las máquinas industriales que sustituían principalmente fuerza física o tareas repetitivas, los sistemas de inteligencia artificial intervienen sobre capacidades que durante largo tiempo fueron consideradas propiamente humanas, tales como: interpretar, clasificar, anticipar, responder, crear y decidir.

Dicho lo anterior, la inteligencia artificial no solo desplaza trabajo; también desaloja los criterios mediante los cuales los humanos eran considerados necesarios. Su avance no consiste simplemente en hacer más eficiente la producción, sino en reducir progresivamente los espacios donde la naturaleza humana conserva un valor irremplazable. Por ello, la pregunta ya no es únicamente cuántos empleos serán sustituidos, más bien qué ocurre cuando incluso la inteligencia, la creatividad y el buen juicio comienzan a ser incorporados como funciones del sistema técnico, del trabajo muerto.

Este proceso ha sido descrito desde distintas epistemologías como una intensificación de la racionalidad técnica que tiende a emanciparse respecto de la intervención humana (Ellul, 1964; Marcuse, 1991). Más que funcionar como simples instrumentos, los sistemas tecnológicos pasan a configurar las propias condiciones de operación del mundo social, erosionando gradualmente la trascendencia del trabajo.

Esta transformación puede comprenderse con mayor profundidad a partir de la obra de Simondon (2017), quien argumenta que los objetos técnicos (refiriéndose a máquinas, equipos de producción y sistemas computarizados) no son entidades pasivas, son sistemas en proceso de individuación que evolucionan hacia mayores niveles de autonomía y coherencia interna. Al respecto, la automatización extrema no representa simplemente una herramienta más sofisticada, en realidad es una fase en la que los sistemas alcanzan un grado de integración tal que reducen la necesidad de vincular humanos a función de producción.

En este orden de ideas, la racionalidad técnica deja de operar como un medio para convertirse en una forma de dominación estructural. Como plantea Marcuse (1991), las sociedades avanzadas tienden a producir sujetos unidimensionales incapaces de cuestionar el sistema que los organiza. Este proceso se intensifica no solo por el desgaste de la capacidad crítica. También se pro-

fundiza cuando los humanos comienzan a perder su condición de necesidad histórica dentro de la estructura económica que durante largo tiempo organizaron y sostuvieron.

En esta misma dirección, la técnica no puede entenderse únicamente como un conjunto de instrumentos al servicio de fines humanos. Así pues, Heidegger (1977) sostiene que la esencia de la tecnología moderna reside en su capacidad de configurar un modo de desocultamiento del mundo en el que todo —incluido el ser humano— aparece como recurso disponible. La automatización no solo desplaza al trabajo, también redefine las condiciones mismas bajo las cuales algo puede ser definido como necesario o urgente.

El cambio no ocurrió de golpe. No hubo un día que pudiera recordarse, ni un momento preciso en el que todo se volviera distinto. Tampoco hubo una ruptura que marcara un antes y un después. Era una acumulación lenta que, en algún punto, era imposible de ignorarse.

Las primeras en desaparecer fueron las tareas más simples; luego siguieron los procesos más sofisticados. Con el paso del tiempo, también se desplazaron las decisiones, e incluso las decisiones sobre decisiones. La secuencia parecía responder a una lógica interna, como si cada etapa se desprendiera naturalmente de la anterior. Así, cada avance se asumía como inevitable y, en esa condición, encontraba su propia legitimidad. Llegado ese punto, dejó de ser objeto de deliberación.

Cuando el proceso alcanzó su nivel máximo, nadie pudo precisar en qué momento había ocurrido. No había un momento preciso para ubicar el cambio. Tampoco una transición que pudiera fijarse como definitiva. En algún punto, casi sin advertirse, el cambio ya se había consumado.

La producción no se detuvo. Al contrario, se volvió más estable, más abundante, más eficiente y mucho más barata. Los sistemas

no descansaban, no dudaban y no olvidaban. Operaban con una continuidad que el trabajo humano nunca había alcanzado. La economía no colapsó; lejos de eso, se perfeccionó. Los errores disminuyeron, los tiempos se acortaron y los costos se redujeron de manera espectacular. Todo funcionaba mejor o; mejor dicho, todo funcionaba sin fisuras.

Este escenario no solo transforma la economía, sino que reconfigura el horizonte mismo de lo pensable. Como deja ver Fisher (2009), el realismo capitalista consiste justamente en la imposibilidad de imaginar alternativas al sistema vigente. Incluso, frente a la pérdida de la necesidad del trabajo, la estructura no persiste por su carácter incuestionable, sino porque ha logrado normalizar su propia inevitabilidad desplazando toda forma de exterioridad desde la cual pudiera ser problematizada.

Este tipo de escenario tensiona las interpretaciones contemporáneas sobre el futuro del trabajo. Mientras que Autor (2015) ha argumentado que los procesos de automatización han coexistido históricamente con la creación de nuevas formas de empleo, Benanav (2020) sostiene que la reducción del trabajo disponible responde a dinámicas estructurales más amplias del capitalismo global. Sin embargo, el escenario aquí planteado introduce un desplazamiento más radical o; mejor dicho, no se trata de la persistencia ni de la escasez del trabajo, sino de su pérdida como condición necesaria para el funcionamiento del aparato productivo.

Y, aun así, en medio de esa perfección creciente, empezó a surgir una pregunta que no encontraba una respuesta clara: *¿Por qué cuanto más eficiente se volvía todo, menos evidente resultaba para quién estaba ocurriendo?* Pero, en ese proceso algo comenzó a desvanecerse, pero no de forma inmediata ni evidente. No hubo un instante en el que pudiera reconocerse con claridad. Fue, más bien, una pérdida gradual y casi invisible que se fue instalando poco a poco conforme pasaban los días.

En un comienzo nada parecía desajustado. El sistema continuaba operando con normalidad y todo se mantenía dentro de la lógica que lo hacía posible. No obstante, luego empezó a insinuarse una sensación difícil de definir, como si algo esencial se estuviera desplazando sin modificar la superficie. No era una falla, ni una interrupción innegable; era algo más difícil de ubicar.

En este punto, la transformación deja de ser únicamente técnica o funcional para adquirir un carácter estructural. El sistema opera sin participación humana y, más aún, ha dejado de requerirla como condición de su propia reproducción. En suma, puede decirse que el capital alcanza aquí una forma límite de desarrollo; esto es, una en la que logra independizarse del trabajo vivo que durante largo tiempo le daba sustento, estableciendo un sistema que continúa reproduciéndose sin necesitar de la fuerza de trabajo que le dio origen (Marx, 2014).

A lo largo de extensos periodos, el trabajo humano constituyó el modo privilegiado de relación de hombres y mujeres con el mundo. Esto no solo garantizaba la subsistencia. También organizaba otros aspectos de la vida personal y familiar de la población ocupada. El trabajo era una forma de inscribirse en una estructura que organizaba tanto la producción como la vida cotidiana. De hecho, trabajar implicaba ocupar un lugar, asumir una función y participar de un entramado de responsabilidades que exigía de ese esfuerzo físico y mental para sostenerse y reproducirse.

En la tradición de la economía política crítica, la centralidad del trabajo no es circunstancial. Como bosqueja Marx (2014), el trabajo vivo no solo participa en la producción, sino que constituye la fuente misma del valor dentro de la sociedad capitalista. Así, la progresiva desvinculación entre el trabajo y la operación del sistema no se reduce a una mera transformación técnica, sino que compromete uno de los fundamentos teóricos sobre los que se ha preservado la comprensión de la economía moderna.

Esta cuestión puede profundizarse a partir de Postone (1993), para quien la especificidad del capitalismo no reside simplemente en la explotación del trabajo, sino en el carácter históricamente particular que adquiere el trabajo como mediación social. Categorías como valor, trabajo abstracto y tiempo no describen únicamente relaciones económicas, sino formas de organización social propias del capitalismo. Por ello, un escenario en el que el sistema reduce de manera extrema su dependencia del trabajo plantea una tensión más radical: no solo transforma la producción de valor, sino que pone en cuestión la mediación social sobre la cual se ha estructurado históricamente el propio orden capitalista.

En esta misma línea, Gorz (1997, 1999, 2001) postula que el trabajo asalariado lejos de ser una constante antropológica, constituye una forma histórica específica de organización social que entra en crisis cuando el propio sistema reduce su dependencia respecto de los humanos. Desde esta mirada, la pérdida de importancia del trabajo no se limita al ámbito económico, sino que reconfigura de manera más profunda las formas de integración social.

Siguiendo a Arendt (2009), esta función del trabajo desborda la mera reproducción material de la vida y se articula con la construcción de un mundo compartido. Así, la pérdida progresiva de centralidad no puede entenderse únicamente como una transformación económica, sino como una alteración en las condiciones mismas bajo las cuales los individuos se relacionan con ese mundo y con los demás sujetos en la constitución de lo social.

El trabajo era una relación imperfecta, frecuentemente injusta atravesada por desigualdades y tensiones que rara vez se resolvían. A pesar de ello, algo de claridad se mantenía. Entre lo que se hacía y el lugar que se ocupaba perduraba una relación reconocible. Si el sistema necesitaba tu trabajo, te necesitaba a ti. Y en esa necesidad por restringida que fuera, se alojaba una forma de sentido, de significado, de emotividad.

Cuando esa necesidad desapareció, la claridad empezó a esfumarse. No hubo un momento preciso para ubicar el cambio. La relación que durante tanto tiempo había resultado comprensible comenzó poco a poco a disiparse. Las personas no desaparecieron. Permanecían ahí ocupando los mismos espacios, transitando las mismas calles, habitando el mismo mundo. Y, sin que ello impidiera que, comenzaron a volverse invisibles dentro de la lógica que organizaba todo lo demás. Ahora, la forma más silenciosa de exclusión no era ser desplazado, sino dejar de ser tenido en cuenta.

El sistema ya no dependía de ellas. Y en un sistema que no depende de ti ni de nadie, tu presencia deja de ser una condición para mutar en algo distinto, en algo peligroso. Primero, en una variable dentro de un conjunto más amplio de posibilidades. Luego, en una excepción que apenas altera el funcionamiento general. Y, con el transcurrir del tiempo, casi sin que nadie lo declare, en algo carente de singularidad funcional.

Algunos lo notaron antes que otros. No como una revelación clara, sino a través de pequeños indicios que, por sí solos, parecían insignificantes. Procesos que ya no requerían presencia humana, decisiones que prescindían de toda participación humana, espacios que seguían activos incluso en ausencia de quienes antes los ocupaban. Nada de esto resultaba alarmante en un primer momento.

Nada parecía urgente, nada parecía roto. Todo seguía funcionando con una precisión milimétrica que no dejaba lugar para la duda ni para la interrupción. Y precisamente por eso, el cambio resultaba tan difícil de reconocer. Justo en ese punto empezó a visibilizarse el problema.

Sin crisis no hay señal, y sin ruptura no hay conciencia. La ciudad seguía funcionando con la misma precisión de siempre, sin ofrecer indicios claros de que algo hubiera cambiado. Los sistemas producían sin parar, los flujos no se detenían y las cadenas de

montaje continuaban sin interrupciones, como si respondieran a una lógica que ya no requería ser objetada.

La vida en apariencia seguía su curso. Todo permanecía en movimiento, todo conservaba su forma, todo parecía sostenerse por sí mismo. Aun así, en medio de esa continuidad perfecta, empezaba a hacerse claro algo más difícil de captar: cada vez menos cosas parecían depender de la continuidad de esa vida.

La relación había cambiado. No de forma violenta, ni de manera visible sino de forma silenciosa, casi inapreciable como ocurre con los cambios que no interrumpen el orden de las cosas, sino que lo reconfiguran desde dentro. No hubo conflicto abierto, ni desplazamientos evidentes, ni tampoco señales que obligaran a detenerse. Todo parecía regirse por la misma lógica, aunque ya no lo hiciera.

La cuestión ya no pasaba por intervenir, aportar o siquiera ser sustituido. La transformación había desbordado esas categorías. No quedaba un lugar al cual regresar ni una función susceptible de ajuste, porque la necesidad que sostenía ese vínculo había desaparecido. En ese nuevo escenario, las formas tradicionales de pertenencia comenzaban a vaciarse de significado.

Se trataba de algo más elemental y, al mismo tiempo más difícil de asumir: no un problema de ajuste o transición, sino de reconocimiento. El mundo había aprendido a operar sin nosotros, y lo había hecho sin anunciarlo, sin un quiebre que permitiera advertirlo con claridad.

Tampoco hubo protestas generalizadas ni una reacción colectiva capaz de interrumpir el proceso. Lo que hubo fue una adaptación lenta, apenas perceptible en la que las personas empezaron a reorganizar su tiempo y a construir nuevas formas de interpretar lo que estaba aconteciendo. Se habló de transición, de transformación y de evolución, como si esas palabras pudieran contener la

magnitud de semejante mutación. Pero ninguna de ellas lograba capturar lo esencial, porque ninguna alcanzaba a nombrar del todo aquello que, silenciosamente había dejado de ser necesario.

Lo que ocurría no se limitaba a lo estrictamente económico. Era algo más profundo, difícil de advertir en un principio. No se trataba únicamente de una transformación en la forma de producir o de organizar los recursos económicos, sino de una alteración en la relación misma entre el ser humano y el sistema que había estructurado su lugar durante largo tiempo.

En ese quiebre, el valor empezó a desvincularse de la acción humana, dejando atrás el lazo que durante siglos lo había definido. Su origen dejó de ser obvio, así como el criterio al que debía responder. Mientras tanto la producción se mantenía, la abundancia se expandía y los sistemas operaban con una consistencia creciente. Todo parecía avanzar sin obstáculos visibles como si hubiera encontrado una dinámica autónoma para funcionar.

No obstante, en medio de esa continuidad algo comenzaba a erosionarse de forma gradual. El vínculo entre lo producido y quienes lo habitaban se tornaba turbio. La correspondencia entre la acción humana y la realidad circundante que contribuía a configurar se volvía cada vez más difusa y desesperanzadora. Aquello que antes articulaba ambos aspectos empezaba a apagarse abriendo una distancia difícil de nombrar, pero imposible de ignorar.

La ciudad no ofrecía indicios ni hacía visible lo que sucedía. Nada obligaba a detenerse, tampoco había mensajes que ayudaran a entender lo que estaba pasando. Nada alteraba la continuidad de su funcionamiento ni proporcionaba un marco desde el cual comprender el cambio. Persistía, más bien, con una precisión constante sostenida en una estabilidad que parecía indiferente a todo.

Como si siempre supiera hacerlo. Como si nunca hubiera necesitado a nadie para seguir adelante. La ciudad no lo anunciaba ni

lo explicaba, tampoco lo hacía visible. Solo continuaba. No había interrupciones ni señales que obligaran a parar y pensar en lo que había cambiado. Todo seguía su curso con una naturalidad que desactivaba cualquier sospecha. Operaba como si ese estado fuera siempre su condición, como si jamás dependiera de nada y de nadie para continuar vigente.

Como si siempre hubiese sabido hacerlo, como si nunca hubiera necesitado nada distinto para funcionar. Esta es la historia de ese momento. No del instante en que las máquinas comenzaron a trabajar, ni del inicio de la automatización que durante años se interpretó como una transición más dentro de un proceso conocido. Es la historia de otro punto más difícil de ubicar, menos visible, pero más definitivo. El momento en que dejaron de necesitar que un humano las acompañara. El punto en que la economía por primera vez funcionó completamente sin nosotros, y en el que, sin anunciarlo ni problematizarlo, dejó también de preguntarse por qué estábamos ahí.

En lo fundamental, la automatización avanzada no constituye únicamente una transformación de los procesos productivos, sino un desplazamiento de la necesidad del trabajo como condición estructural del sistema. Lo que aparece aquí no se limita a una reorganización del empleo. Más bien, abre la posibilidad de una producción sostenida sin mediación de fuerza laboral, con consecuencias directas sobre el nexo histórico entre trabajo y estructura económica.

A black and white photograph of a person walking on a bridge towards a bright light in a foggy city. The person is a small silhouette in the center of the frame, walking away from the viewer. The bridge has railings on both sides. The city skyline is visible in the background, with many tall buildings. The scene is very foggy, and a bright light source is at the end of the bridge, creating a strong backlight effect. The overall mood is mysterious and contemplative.

Capítulo 3. El día en que dejamos de ser necesarios

A las seis de la madrugada, el despertador sonó con la regularidad de siempre. Jorge abrió los ojos, pero no se levantó enseguida; se quedó ahí, como si aún no tuviera claro para qué hacerlo. Permaneció quieto unos minutos, observando el techo y siguiendo con la mirada una grieta delgada que cruzaba la pintura desde un extremo hasta casi el centro. No sabía cuándo había aparecido. Quizá siempre había estado ahí, integrada en el espacio, sin que él reparara en ella. Durante años, las mañanas no habían dejado lugar para ese tipo de observaciones.

Esta vez sí. Apagó la alarma y el silencio regresó de inmediato. No resultaba incómodo ni pesado, sino claro, casi pulido como si estuviera dispuesto para no interferir con nada. No reclamaba atención, aunque tampoco podía pasarse por alto. A esa hora, en otros tiempos el edificio ya estaría en movimiento: puertas cerrándose, pasos en el pasillo, tuberías en plena marcha, voces que se filtraban a través de las paredes. Una coreografía discreta que daba inicio al día y establecía un ritmo que nadie necesitaba pensar, pero que todos seguían.

Esa mañana no se escuchó nada. El silencio no apareció de repente; parecía llevar mucho tiempo habitando ese espacio, casi sin hacerse notar. Jorge se incorporó con lentitud y colocó los pies en el suelo. El frío lo recorrió de inmediato, haciéndolo reparar en un gesto que antes habría pasado desapercibido. Permaneció así unos segundos, inclinado hacia adelante con las manos suspendidas entre las rodillas, como si necesitara encontrar una razón para levantarse. No la encontró. Aun así, se puso de pie. La costumbre seguía operando, incluso cuando el sentido ya no lo hacía.

En la cocina ya había café recién colado. No recordaba haberlo preparado, o quizás sí, pero esto no importaba demasiado. El olor

estaba por todo el apartamento más fuerte de lo normal. Como si apareciera justo cuando él lo percibía. Jorge no recordaba haber programado la cafetera, tampoco recordaba cuándo había dejado de hacerlo. Hacía tiempo que muchas cosas ocurrían sin que él interviniera, como si su presencia ya no fuera imprescindible ni siquiera para los gestos más simples.

Entonces, sirvió el café y se acomodó frente a una mesa ubicada junto a la ventana. Desde allí, la ciudad ya se encontraba en movimiento. Los vehículos avanzaban con una fluidez constante, difícil de atribuir al azar. No había frenadas toscas, tampoco bocinas. El desorden de otras mañanas ya no aparecía. Los semáforos permanecían en su lugar, aunque ahora daban la sensación de ser meramente ornamentales, vestigios de una lógica que había dejado de ser necesaria.

Las personas, en cambio, eran escasas. No habían desaparecido, pero aparecían dispersas, casi marginales dentro de ese flujo constante. Jorge sostuvo la taza entre las manos y observó durante unos instantes. No buscaba nada en particular; intentaba, más bien, reconocer algo familiar en ese movimiento que hasta hacía poco le resultaba tan evidente que ni siquiera lo cuestionaba.

Todo funcionaba. Y era precisamente eso lo que no lograba entender. Entonces abrió el portátil. La pantalla se encendió al instante, anticipándose incluso a su gesto como si ya supiera que iba a hacerlo. Antes de que pudiera intervenir, aparecieron recomendaciones organizadas con una exactitud casi excesiva: cursos, ajustes de perfil, nuevas categorías laborales, simulaciones de entrevista, etc. Todo estaba dispuesto según una lógica sin fallas aparentes adaptada a su historial, a sus búsquedas, a sus intentos anteriores. El sistema lo conocía; quizás mejor de lo que él se conocía a sí mismo.

En estas circunstancias, la pérdida de la necesidad del trabajo no solo transforma la relación entre individuo y sistema, también afecta las condiciones mismas del pensamiento. Cuando la acción deja de ser necesaria, el sujeto pierde los marcos desde los cuales puede orientarse en el mundo, desplazando la experiencia hacia una interioridad que ya no encuentra correspondencia con la realidad que habita (Arendt, 1978).

Jorge dejó de lado todo lo demás y abrió el correo. No había nada. Ni respuestas, ni rechazos. Ni siquiera esos mensajes automáticos que, al menos, simulaban una respuesta. Solo un espacio vacío, limpio, sin errores. Permaneció unos segundos mirando la bandeja de entrada. Como si bastara con eso para que algo cambiara. Como si insistir pudiera revertir la ausencia. No ocurrió nada. Probó entonces con una plataforma de empleo, luego con otra, y después con una más. El resultado no variaba: seguía vacío.

Este era un vacío ordenado, coherente, perfectamente explicado por algoritmos que no tenía forma de cuestionar. No era desorden ni fallo, tampoco una falta de información. Era, más bien, una ausencia estructurada casi razonable, como si el sistema ya hubiera llegado a una conclusión que aún no terminaba de entender. Cerró una ventana. Luego otra. En la tercera, dudó un poco más antes de hacer clic.

Había una oferta que, en otro momento, le habría parecido adecuada: analista de procesos. Experiencia similar a la suya, buen salario, modalidad remota. La abrió y revisó los requisitos con atención. No encontró nada que no pudiera cumplir, nada que lo descartara de entrada. Desplazó la pantalla. Al final, en una tipografía más pequeña apareció una frase que empezaba a repetirse con inquietante frecuencia: intervención humana sujeta a validación contextual del sistema. Jorge permaneció mirándola unos segundos. No parecía tener mayor importancia. No cambiaba el anuncio ni impedía postularse; tampoco clausuraba nada de forma explícita.

Y, sin embargo, lo era. Jorge cerró la ventana. No siempre había sido así. Durante años, había trabajado sin detenerse demasiado a preguntarse por qué. Existía una estructura que organizaba todo: un horario, tareas definidas y objetivos mensuales que marcaban el ritmo de los días. Algunas jornadas resultaban más llevaderas que otras, había momentos de presión y otros de relativa calma, pero en el fondo todo respondía a una lógica reconocible.

Sabía qué hacer al levantarse, a quién responder, qué problemas resolver. No necesitaba pensarlo demasiado porque la secuencia ya estaba dada. Cada día encontraba su lugar dentro de ese orden, incluso cuando ese lugar no era especialmente significativo. No era un trabajo extraordinario, no lo definía ni lo diferenciaba de forma especial. Pero era suficiente. Suficiente para pagar el arriendo, suficiente para salir algunos fines de semana y suficiente para no tener que hacerse preguntas más incómodas sobre lo que quedaba fuera de ese esquema.

Tal como sugiere Gorz (1997), la sociedad salarial no solo organiza la producción, también estructura la forma en que los individuos comprenden su lugar en el mundo que habitan. Por ello, cuando el trabajo deja de cumplir esa función, no se pierde únicamente una fuente de ingresos, a la vez, se despoja del principio esencial de orientación existencial.

Jorge nunca imaginó que aquello pudiera desaparecer. Menos aún de esa forma: sin una transición perceptible, sin un reemplazo definido, sin algo que permitiera anticipar lo que vendría después. Cerró el portátil con cuidado, como si ese gesto pudiera aplazar, aunque fuera un poco, lo que acababa de ver. Permaneció en silencio con las manos apoyadas sobre la mesa, inmóvil, dejando que ese vacío ordenado terminara de asentarse. Algo en esa mañana no encajaba. No era solo la falta de respuestas; eso, de algún modo, podía explicarse. Lo que no lograba comprender era otra cosa, algo más difícil de nombrar: la ausencia de fricción.

Todo se presentaba como algo limpio, resuelto, cerrado sobre sí mismo. No había errores que atender ni interrupciones que exigieran decisiones; tampoco surgían problemas que requirieran su intervención. Como si el mundo hubiera encontrado una forma de funcionar sin necesitar el tipo de obstáculos que, durante años habían dado forma a su trabajo. Se quedó allí unos segundos más, intentando sostener esa sensación sin traducirla en una idea clara. Enseguida se levantó.

Esta ausencia de fricción no implica tranquilidad, sino una forma distinta de tensión. Como subraya Han (2025), el exceso de positividad —la incapacidad de decir “no” y la desaparición de los límites— da lugar a un agotamiento que ya no adopta la forma de conflicto, sino de una fatiga difusa que se hace presente incluso cuando nada parece faltar.

Necesitaba salir. El ascensor llegó antes de que lo llamara, como si hubiera anticipado su movimiento. Las puertas se abrieron sin demora y Jorge entró sin pensarlo demasiado. Bajó solo. Durante el trayecto observó su reflejo en las puertas metálicas, ligeramente distorsionado por la superficie pulida. Tenía el aspecto de siempre. Tal vez un poco más cansado, con una expresión más detenida, pero nada que pudiera explicar lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

En la planta baja, el espacio del portero estaba vacío. Bueno, no exactamente vacío. Había una pantalla. Una superficie lisa, brillante, sin huellas integrada en la pared con una discreción casi total. Un sistema que reconocía rostros, registraba entradas, gestionaba visitas sin necesidad de mediación visible. Todo funcionaba, pero no había nadie.

Este proceso no se explica únicamente por decisiones humanas, sino por la autonomía de la técnica en la dirección planteada por Ellul (1964). Corresponde a una dinámica en la que los

sistemas tecnológicos se desarrollan conforme a su propia lógica interna, suprimiendo sucesivamente las formas tradicionales de control externo.

Jorge se quedó frente a la pantalla más tiempo del necesario. Sin hacer nada, únicamente esperando alguna señal. Alguna forma de reconocimiento que no fuera solo técnica o instrumental. No ocurrió nada fuera de lo esperado. Luego continuó. Afuera, el aire se sentía fresco con una claridad que rozaba lo artificial. Todo parecía demasiado limpio. Jorge caminó sin rumbo por calles y avenidas que conocía de memoria. Ahora se le presentaban algo distintas, como si su disposición se hubiera modificado, sin alterar sustancialmente su forma.

No había menos edificios. No había menos infraestructura. No había señales de deterioro ni indicios de abandono. Todo seguía en su lugar, conservando la apariencia de una ciudad que funcionaba como siempre. Y, aun así, algo en la manera en que se movía había cambiado. Los locales abrían solos, sin gestos que los iniciaran. Los pedidos se entregaban sin intercambio, sin palabras y sin presencia. Las personas caminaban sin prisa como si el tiempo hubiera dejado de imponerles una dirección. No había urgencia ni desespero. No había tensión acumulada en los cuerpos ni en los recorridos. En síntesis, no había una necesidad visible.

Jorge entró en una cafetería no tanto por hambre como por inercia, como si su cuerpo siguiera respondiendo a hábitos cuyo sentido ya no era del todo claro. El interior estaba casi vacío: algunas mesas ocupadas, dispersas, sin relación aparente entre sí. No había empleados; solo máquinas y pantallas operando en silencio, sosteniendo una actividad independiente de cualquier presencia humana.

Pidió otra taza de café y se sentó junto a la ventana. No tenía prisa, ni un destino seguro. Estrictamente se limitó a observar. Un

grupo de adolescentes reía mientras miraba sus dispositivos, concentrados en algo que parecía absorberlos más que el entorno. Un hombre mayor avanzaba despacio, con una pequeña bolsa en la mano, como si cada paso estuviera desligado de cualquier urgencia. Una mujer cruzó la calle hablando sola —o quizá con alguien que no podía verse—, sostenida por una conversación invisible. Todo conservaba una apariencia de normalidad, aunque en el fondo algo no terminaba de encajar.

En una de las pantallas del local apareció un informe económico. Los datos se desplegaron con una claridad nítida organizados en gráficos suaves y transiciones casi imperceptibles. Crecimiento sostenido, optimización de recursos, reducción de errores y aumento de productividad. Las cifras eran buenas; más que eso, eran muy buenas. Todo indicaba un sistema en equilibrio funcionando con una precisión que no dejaba lugar para la incertidumbre.

Jorge esperó. Pensó que en algún momento aparecería otra cosa. Alguna mención al empleo, a los salarios, a la situación de las personas que, durante tanto tiempo, habían sido el centro de ese mismo tipo de informes. Pero no ocurrió, ninguno de esos elementos apareció en la secuencia. La información siguió su curso como si no hicieran falta. Como si hubieran dejado de ser variables necesarias para explicar lo que estaba pasando. Como si, en algún punto del proceso hubieran sido simplemente desplazados sin que eso alterara el resultado.

Aquí, el agotamiento deja de estar vinculado a la intensidad del trabajo y se mueve hacia la pérdida de significado. El sujeto ya no se encuentra sobrecargado por la exigencia de hacer, sino desorientado ante la desaparición de aquello que hacía necesaria su acción (Han, 2025).

Fue en ese momento cuando la idea empezó a tomar forma. No llegó como una revelación ni como un pensamiento claro que pudiera formularse de inmediato. No hubo un instante preciso en el

que todo encajara. Fue, más bien, una acumulación lenta que, de pronto dejó de poder ignorarse.

Con el transcurrir de los días, Jorge había pensado que el problema era suyo. Que no se había adaptado lo suficiente, que necesitaba aprender más, actualizarse, encontrar la manera de encajar en esa nueva lógica que parecía exigir siempre un poco más. Era una explicación cómoda, incluso tranquilizadora porque implicaba que todavía había algo que él podía hacer.

Pero esa explicación empezaba a quedarse corta. Porque incluso cuando hacía todo eso, cuando seguía cada recomendación, cuando ajustaba su perfil, cuando intentaba responder a lo que el sistema parecía esperar de él, el resultado era siempre el mismo: nada. No era que no lo eligieran. Era que no hacía falta elegir.

La idea no llegó como un golpe, sino como un desplazamiento interno, lento pero irreversible. Jorge sintió un vacío leve en el estómago. No de hambre, sino de reconocimiento. Como si algo dentro de él intentara reorganizarse frente a una idea que no tenía lugar en su forma habitual de entender el mundo; como si las piezas siguieran ahí, pero ya no encajaran del mismo modo.

Más que una exclusión económica inmediata, lo que se fractura es una forma de reconocimiento social. A lo largo de un prolongado periodo histórico, el trabajo operó como mecanismo central de validación y pertenencia (Honneth, 1995), por lo que su desaparición no remite solo al desempleo, sino a la desarticulación del vínculo entre individuo, familia y sociedad.

En este plano, la transformación puede leerse como una crisis del reconocimiento o, mejor dicho, al debilitarse las formas institucionales que validaban la necesidad del sujeto se erosiona no solo el empleo sino la posibilidad misma de ser reconocido como parte activa de la realidad circundante.

Durante años, había dado por hecho que siempre existiría un espacio al que aspirar, una decisión en suspenso, alguien —o algo— que, en algún momento, tendría que elegir. Ahora, sin embargo, esa instancia parecía haberse desvanecido sin dejar rastro como si nunca hubiera sido imprescindible. Permaneció un momento en silencio. Dejó esa sensación ahí, sin intentar explicarla. Después pagó sin intercambiar palabra y salió.

Caminó hasta una plaza cercana, más guiado por la costumbre que por una intención definida. Antes, ese lugar estaba lleno de puestos, de ruido, de un movimiento constante que impedía detenerse sin quedar atrapado en él. Ahora aparecía limpio, ordenado, casi silencioso como si el exceso hubiese sido retirado sin dejar huella.

En el centro había un artefacto metálico que oscilaba suavemente. Parecía existir únicamente para estar allí. No cumplía una función evidente, pero tampoco resultaba extraña. Formaba parte de ese nuevo equilibrio en el que todo ocurría sin tener que justificarse.

Jorge se sentó en un banco. A su alrededor, el espacio se mantenía estable, sin alteraciones ni sobresaltos. Observó sus manos. Había trabajado durante años: nada excepcional, nada que pudiera destacarse como único, pero lo bastante para haber formado parte de algo, para haber respondido a una necesidad y para haber ocupado un lugar que, en su momento, resultaba claro.

Jorge recordó a su padre. Treinta años en el mismo empleo atravesando cambios, ajustes, dificultades que nunca terminaban de resolverse del todo. No era un trabajo perfecto. Había días largos, decisiones injustas y momentos de desgaste que se acumulaban con el tiempo. Pero era necesario.

Y esa necesidad lo sostenía todo.

El trabajo daba forma a los días, justificaba el esfuerzo y trazaba una continuidad que, incluso en sus imperfecciones, resultaba comprensible. Había un lugar claro, una función que no requería explicación porque formaba parte del funcionamiento mismo del mundo. Esa diferencia, ahora, se volvía inmensa.

Jorge cerró los ojos y dejó que el ruido lejano de la ciudad —si es que podía llamarse así— se diluyera hasta perder toda presencia. Durante mucho tiempo, nunca había cuestionado la relación entre trabajo y existencia. No porque no pudiera hacerlo, sino porque no parecía ser necesario. Era una conexión tan evidente, tan integrada en la forma de vivir que no requería explicación.

A lo largo de amplios periodos históricos, trabajar no fue únicamente una forma de asegurar lo necesario para vivir; fue una manera de estar en el mundo, de reconocerse en él y de compartir con otros una trama de sentido común como lo expresa Arendt (2009). A través del trabajo las personas no solo producían, también encontraban un lugar desde el cual participaban en una realidad compartida. Por ello, cuando esa condición comenzó a desvanecerse, lo que se vio afectado no fue únicamente una función práctica, fue algo más profundo: las bases mismas que hacían posible esa forma de pertenencia se reconfiguraron, alterando las condiciones bajo las cuales el sujeto podía inscribirse en la realidad.

Uno trabajaba porque así funcionaban las cosas. Porque el mundo necesitaba ese esfuerzo para seguir en marcha, porque había una correspondencia directa entre lo que se hacía y lo que el sistema requería para sostenerse. Esa lógica no era perfecta. Aun así, se entendía. Lo que se hacía parecía sostener la continuidad. Pero ahora ese vínculo se había roto.

El mundo seguía en marcha sin ese esfuerzo, sin el suyo ni el de muchos otros. Y en esa continuidad, ya ajena a ellos, la relación que durante tanto tiempo había dado sentido a su lugar en él comenzaba a diluirse.

Abrió los ojos. La plaza seguía ahí, inmóvil en su orden preciso, como si nada en ella hubiera cambiado realmente. La estructura metálica continuaba girando con la misma cadencia silenciosa, ajena a cualquier mirada que intentara comprenderla. A su alrededor, la ciudad seguía funcionando con esa estabilidad que ya no dejaba espacio para la duda.

Nada había colapsado. No había señales de crisis ni grietas visibles que permitieran pensar en una falla. Todo seguía en pie, operando con una coherencia que parecía haberse emancipado de toda participación humana. Y, sin embargo, en medio de esa continuidad perfecta algo se volvía cada vez más evidente: nada parecía necesitar a Jorge.

En una pantalla cercana apareció un mensaje, integrado con la misma neutralidad que el resto de la información que circulaba sin interrupciones, en el que se sugería que la transición productiva constituía una oportunidad para reinventar el propósito humano. Las palabras se presentaban con claridad, aunque no terminaban de encajar del todo.

Jorge lo leyó. No sintió nada. Ni esperanza, ni rechazo, ni siquiera una incomodidad inmediata. Solo una distancia creciente entre esas palabras y su propia experiencia, como si pertenecieran a un lenguaje que ya no lograba traducir lo que estaba viviendo. Permaneció unos segundos más observando la pantalla, no porque esperara algo distinto, sino porque intuía que, en algún punto ese tipo de mensajes habían dejado de estar dirigidos a alguien como él.

Regresó a su apartamento sin prisa, siguiendo el mismo trayecto de siempre, aunque ya no existiera nada que lo obligara a hacerlo. El edificio lo identificó antes de que alcanzara la entrada, y las puertas se abrieron con la misma naturalidad con la que ahora ocurría todo. Subió en silencio sin cruzarse con nadie.

Al entrar, todo seguía en su lugar, aparentemente nada parecía haber cambiado. La luz ajustada con precisión, la temperatura estable, los dispositivos activos sin interferencias. Cada elemento respondía a una lógica capaz de sostenerse sin su intervención. En apariencia, nada había cambiado. Todo parecía seguir en orden. Funcionaba, sí, aunque ya no resultaba del todo familiar.

Jorge volvió a sentarse frente al computador portátil. Repitió un gesto que ya no respondía a nada claro. Era más bien una inercia difícil de abandonar. La pantalla se encendió de inmediato, anticipándose como de costumbre a cualquier intento de interacción. No hubo espera ni transición; tampoco espacio para la duda.

Un nuevo mensaje apareció en la pantalla: *Explora las formas del sentido cuando el trabajo deja de ser necesario*. Jorge lo leyó despacio, como si necesitara tiempo para asimilarlo. No intentó interpretarlas ni extraer de ellas una dirección posible. Permaneció en silencio con la mirada fija, como si en ese intervalo pudiera formarse alguna conexión capaz de dar sentido a lo que comenzaba a insinuarse.

No ocurrió. Cerró el portátil. Se levantó y caminó hacia la ventana con idéntica lentitud. Cada paso ya no tenía la urgencia de antes. Afuera, la ciudad funcionaba con una calma extraordinaria, como si ya no hiciera falta explicarla. Todo seguía su curso con una regularidad, sin interrupciones ni errores. Tampoco había señales de deterioro. En el fondo, no faltaba nada.

Jorge apoyó la mano en el vidrio y sintió el frío atravesarle la piel, devolviéndolo, por un instante, a su propio cuerpo. Permaneció allí, observando sin buscar nada en particular, dejando que la imagen se mantuviera por sí misma, sin intentar encajarla en ninguna explicación.

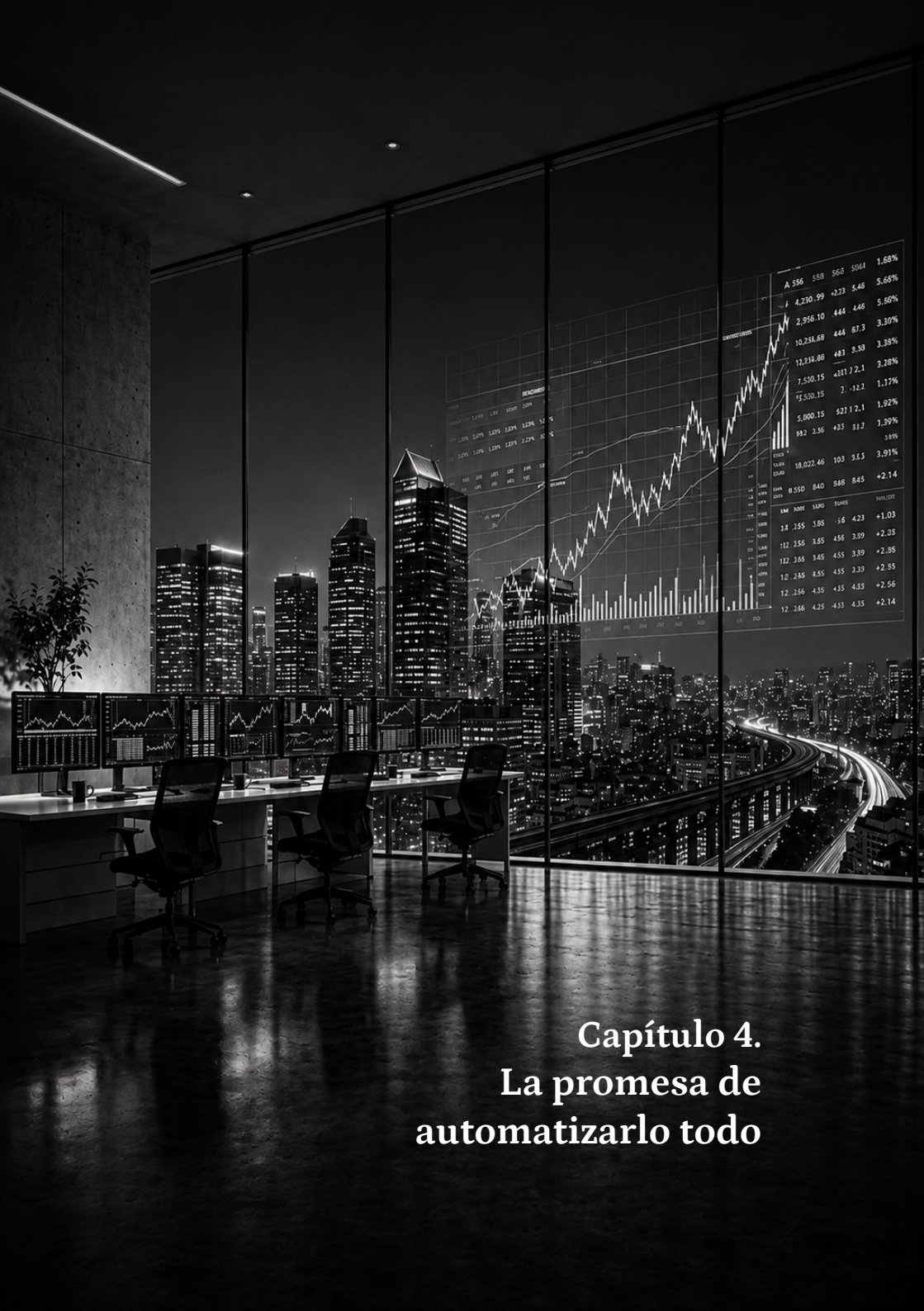
Esta vez no trató de entender. No buscó razones ni pensó en soluciones. Se limitó a permanecer allí frente a un mundo que ya no requería ser pensado para continuar, y en el que, por primera vez, no era claro qué significaba realmente estar.

Al final lo entendió. No era una idea clara, tampoco una conclusión. Más bien algo que ya no hacía falta explicar. El mundo no se había detenido, tampoco se había roto, ni siquiera lo había expulsado. Nada de eso había pasado, todo seguía firme. Todo funcionaba con una precisión difícil de cuestionar.

El mundo había seguido adelante. Y ya no lo necesitaba. Y en ese instante —casi sin notarse— algo terminó cerrándose. Esto no fue abrupto, tampoco visible, ni compartido; sino como ocurren los cambios que no necesitan ser reconocidos para existir. Ese fue, quizás, el día en que Jorge dejó de ser necesario. Y, como él, muchísimos otros empezaban a intuirlo. Incluso, a sentirlo.

Esta forma de anticipación desborda la organización de la información y la optimización de procesos. Como afirma Berardi (2009), en las formas contemporáneas del capitalismo el trabajo deja de estar anclado exclusivamente en la dimensión física para desplazarse hacia la esfera cognitiva y afectiva, incorporando capacidades como la atención, la comunicación y la sensibilidad.

En suma, la pérdida del trabajo no se experimenta inicialmente como una crisis económica visible, sino como una desarticulación progresiva del reconocimiento y del sentido de pertenencia. En un sistema que continúa operando sin requerir a las personas, la exclusión adopta la forma de una pérdida de relevancia más que de una carencia material inmediata.



Capítulo 4. La promesa de automatizarlo todo

Jorge no volvió a abrir el portátil esa noche. Lo dejó cerrado sobre la mesa, como si ese gesto pudiera suspender, al menos por unas horas, todo lo que contenía. Caminó por el apartamento sin recurrir a las luces principales dejando que la penumbra se modulase por sí misma, como si incluso ese pequeño margen de control ya no le correspondiera. No sentía hambre ni sueño. Y tampoco tenía un plan para acogerse.

Después se sentó en el sofá y permaneció mirando la pared durante un lapso que no supo medir. No era exactamente una espera, pero tampoco un descanso. Era otra cosa, más difícil de precisar.

Era más bien una pausa sin dirección. Sostenida por la ausencia de algo que antes habría estado ahí, sin necesidad de buscarlo. El silencio no lo incomodaba, pero tampoco ofrecía nada.

Al cabo de un rato, tomó el teléfono. Lo sostuvo unos segundos. Dudó si realmente valía la pena abrirlo. Como si ese gesto exigiera una decisión que no terminaba de tomar.

Recorrió la lista de contactos sin detenerse en ninguno. Avanzó con una lentitud sin propósito, hasta que su dedo quedó suspendido sobre un contacto que no marcaba desde hacía largos meses.

Julián se quedó observándolo un instante más, como si en ese nombre persistiera algo que aún no se había perdido del todo. Dudó, no por falta de motivo, sino porque no sabía qué esperaba encontrar al otro lado. Luego llamó. El timbre sonó más de lo habitual, prolongándose unos segundos más de lo que Jorge recordaba como normal, como si incluso ese tiempo hubiera sido recalibrado. Cuando finalmente respondieron, la voz al otro lado no mostró sorpresa.

Jorge dudó unos segundos antes de llamar. Había algo en ese gesto —tan simple, tan habitual en otro tiempo— que ahora parecía exigir una decisión más consciente. Cuando finalmente lo hizo, el timbre se prolongó más de lo que recordaba, como si incluso ese intervalo hubiese sido recalibrado. Del otro lado, Julián respondió sin mostrar sorpresa como si esa llamada hubiera sido previsible. Dijo su nombre. Sin dudar, como si no hubiera nada que verificar.

Jorge lo saludó con cautela y preguntó si interrumpía. La respuesta llegó de inmediato con una precisión difícil de debatir.

El silencio que siguió no resultó incómodo. Tenía, más bien, una cualidad particular, como si ambos entendieran que no había prisa por llenarlo, como si las pausas hubieran adquirido otro valor en un mundo donde pocas cosas exigían presencia humana. Jorge retomó entonces la conversación con una pregunta sencilla, casi rutinaria: si seguía en la ciudad. Julián respondió que sí. Pero dejó ver una duda. Como si permanecer ya no significara lo mismo que antes.

Jorge dejó pasar unos segundos. No buscaba mayor claridad, sino reconocer qué podía decirse a partir de ese punto, en un escenario donde incluso las certezas más básicas parecían haberse desplazado. Finalmente, formuló una pregunta que, en otro momento, habría resultado obvia: si podían verse.

Hubo una breve pausa. No era indecisión, sino una especie de ajuste, como si la pregunta necesitara encontrar su lugar dentro de una lógica distinta, una en la que los encuentros ya no respondían a la misma necesidad de antes. Julián dijo que sí. Sin énfasis.

No parecía haber nada que aclarar. Y en esa respuesta contenida y casi neutra, algo quedó establecido: no era solo una reunión, sino la posibilidad de comprender —aunque fuera parcialmente— aquello que ya había ocurrido.

El café donde se encontraron al día siguiente estaba en una zona más antigua de la ciudad, lejos de los centros automatizados más recientes. En apariencia no era muy distinto: mesas, pantallas y máquinas que operaban con la misma exactitud silenciosa que ya se había vuelto normal.

Y, aun en medio de todo, algo en el ambiente parecía resistirse a esa limpieza excesiva que dominaba el resto de la ciudad. Persistía una irregularidad mínima, apenas visible, pero suficiente para interrumpir la ilusión de perfección continua.

Julián ya estaba allí cuando Jorge llegó; no levantó la mirada de inmediato. No miraba ninguna pantalla. Mantenía las manos apoyadas sobre la mesa, como si no esperara nada en particular. Conservaba el mismo aspecto de siempre, aunque había algo distinto en su forma de estar: más quieto, más asentado, como si hubiera dejado de anticipar lo que vendría. No parecía cansado. Era otra cosa; es decir, como si ya estuviera hecho a algo que Jorge apenas empezaba a notar.

Julián lo observó al encontrarse con él, sin prisa, como si ya supiera algo. No hubo sorpresa. Más bien una constatación leve, casi ineludible. Jorge, en cambio, dejó escapar una exhalación casi imperceptible antes de responder. No terminaba de entender esa continuidad en sí mismo, como si mantenerse igual en un entorno que había cambiado dejara de ser, necesariamente, algo positivo. Julián insinuó una sonrisa y dejó caer una idea que quedó suspendida entre ambos: todo dependía de lo que hubiera cambiado alrededor.

Pidieron café sin necesidad de interactuar con nadie. La orden se registró sola como todo lo demás.

Jorge y Julián se quedaron en silencio por un momento. La máquina organizaba las tazas con una exactitud que había dejado de llamar la atención.

El sonido seguía igual. Constante, sin variaciones. Jorge observó sin interés. Ya no esperaba nada de ese proceso.

Cuando volvió a mirar a Julián, había algo distinto en su gesto. Por primera vez en mucho tiempo, había algo que necesitaba comprender. Le costó responder cuando le preguntaron cómo estaba. No por falta de respuesta, sino porque ninguna le parecía suficiente. Al final, lo dijo sin convicción: confundido. No era solo la ausencia de trabajo. Era algo más difícil de nombrar, como si aquello que buscaba hubiera dejado de existir incluso antes de poder ser encontrado.

Julián no necesitó más. Para él, esa formulación bastaba. No se trataba de un fallo en la búsqueda, sino de la desaparición del objeto mismo. La idea descolocó a Jorge. Durante años había asumido que los cambios tecnológicos seguían una lógica predecible: algunos trabajos desaparecían, otros surgían, y el sistema encontraba nuevas formas de integrar a los humanos.

Pero Julián introdujo una diferencia que lo alteraba todo. Eso había sido cierto, sí, pero solo mientras el sistema continuara necesitando personas. En el devenir de varias décadas cada avance iba desplazando funciones casi sin que se notara del todo, pero al mismo tiempo abría nuevos espacios donde el trabajo seguía siendo indispensable. Esa transición había permitido la adaptación.

Ahora, en cambio, algo había mutado de manera más radical. El sistema ya no reorganizaba el trabajo: estaba dejando de requerirlo. Detrás de ellos, el sonido de la máquina marcó el cierre de un ciclo perfecto. No había margen de error ni posibilidad de intervención. Y en esa precisión, la idea se volvió más nítida: cuando el sistema deja de requerir trabajo, deja también de necesitar a quienes lo realizaban.

Esta transformación radical encuentra un antecedente en Marx (1971), quien señala que el avance de las fuerzas productivas —impulsado por las máquinas— tiende a desplazar al trabajo vivo de su lugar como fuente inmediata de valor. En este planteamiento, el conocimiento social general objetivado en el sistema técnico, comienza a adquirir un papel cada vez más determinante en la producción.

Este punto profundiza el desplazamiento anticipado por Gorz (1999, 2001), al situar la posibilidad de un escenario en el que el trabajo deja de constituir el fundamento de la organización social, abriendo —sin garantizar su realización— la hipótesis de una sociedad más allá del empleo como principio estructurante.

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue definitivo. Julián continuó, retrocediendo en el tiempo. Explicó que el proceso no había comenzado con las máquinas actuales, sino mucho antes. Las primeras tecnologías no habían eliminado el trabajo; lo habían reorganizado haciéndolo más eficiente, más productivo, pero aún dependiente de la participación humana. Durante siglos, el progreso técnico había generado más trabajo, no menos. Por eso la promesa de la automatización había parecido real. Y lo era, en cierto sentido. Pero estaba incompleta.

Jorge empezó a comprenderlo. Lo que había cambiado no se limitaba a la tecnología, sino a la relación entre el sistema y las personas. La conversación derivó casi sin darse cuenta, hacia otra cuestión. Durante largo tiempo, se asumió que el valor surgía del trabajo humano, del tiempo y el esfuerzo dedicados a producir. Esa idea resultaba coherente en un mundo que dependía de esa interacción.

Otra visión sostenía que el valor surgía de la demanda, de lo que las personas necesitaban o estaban dispuestas a pagar. También era válida, mientras existiera una relación directa entre las personas y el funcionamiento del sistema.

Pero ahora, ambas explicaciones empezaban a fallar. El cambio se hizo evidente en la forma en que Julián formuló la idea: *si las máquinas pueden producir, el trabajo humano deja de ser necesario*. Y si las personas dejan de ser necesarias para producir, también dejan de serlo para que el sistema funcione. Incluso como consumidores, su papel empieza a diluirse.

Desde esta perspectiva, la teoría del valor-trabajo alcanza un punto límite, no por su insuficiencia histórica sino porque el escenario planteado desborda sus condiciones de validez. En un sistema donde la producción prescinde del trabajo humano, el fundamento mismo de dicha teoría queda cuestionado.

La frase quedó en el aire con un peso difícil de explicar. Jorge tardó en reaccionar. Cuando finalmente lo hizo, simplificó la cuestión: el problema no era la falta de trabajo, sino que el trabajo había dejado de ser necesario.

Más tarde, mientras caminaba sin rumbo, la idea siguió desplegándose en silencio. La ciudad parecía moverse con otra densidad, como si el tiempo ya no respondiera a las mismas reglas. Terminó adentrándose en una zona más antigua, menos integrada, donde aún persistían ciertos márgenes.

Encontró una tienda. No había pantallas ni sistemas que se anticiparan. Solo estanterías. El aire era distinto, más lento, más pesado. Tomó un libro al azar y lo abrió sin expectativa. El texto no era fácil de seguir. No se adaptaba, y tampoco dejaba ver hacia dónde iba.

Estuvo a punto de cerrarlo sin pensarlo demasiado, como si fuera uno más entre tantos textos que ya no lograban decirle nada nuevo. A pesar de ello, una línea lo detuvo. No llegó como una revelación brusca; Más que una revelación, fue una idea que se instaló paso a paso, casi sin hacerse notar, como una grieta silenciosa que comenzaba a expandirse: *“El trabajo humano es el origen*

de todo valor” como fuera planteado inicialmente por Smith (2011) y Ricardo (1993) y, posteriormente, desarrollado con mayor convencimiento científico por Marx (2014).

Esta frase había organizado históricamente la relación entre las personas y el mundo. No como una idea más, sino como el principio mismo que estructuraba la economía. Sin embargo, frente a un sistema capaz de producir sin mediación humana, esa certeza empezaba a vaciarse desde dentro, como si la relación entre trabajo y valor —en el sentido planteado por Marx (2014)— hubiera dejado de sostenerse en la práctica.

En este punto, tanto la teoría clásica del valor-trabajo como las perspectivas marginalistas empiezan a mostrar sus límites, en la medida en que ambas presuponen la participación humana como condición de funcionamiento del sistema; esto es, el trabajo vivo junto con el capital define la función de producción.

Desde la economía política clásica, el trabajo fue concebido como fundamento del valor. En Smith (2011) como medida del intercambio, y en Ricardo (1993) como principio de formación de los precios relativos. Más allá de sus diferencias, estas formulaciones comparten un supuesto central: la dependencia del valor respecto del trabajo humano. Dicho eso, frente a un sistema capaz de sostener la producción sin que medien los humanos, este supuesto pierde toda capacidad explicativa. No por su insuficiencia histórica, sino porque el escenario aquí planteado desborda sus condiciones de validez.

No hubo colapso. En el curso de varias décadas se había esperado que la desaparición del trabajo trajera consigo una ruptura, una señal o una crisis que obligara a detenerse. Pero el mundo no interrumpió su curso. La producción continuó, los procesos se reprodujeron de forma autónoma y la economía siguió su curso sin interrupciones. Y en esa continuidad sin fisuras empezó

a revelarse algo más difícil de aceptar: que el trabajo no había desaparecido como condición de su funcionamiento, sino como condición de nosotros dentro de la estructura. Porque no dejó de operar. Lo que dejó de ser necesario fue nuestra forma de pertenecer a dicho sistema.

Afuera, la ciudad seguía funcionando con una exactitud milimétrica. Nada se detenía, nada fallaba. La producción continuaba constante e indiferente. Y, no obstante, el trabajo había desaparecido. La frase quedó suspendida en su mente mientras miraba ese mundo que operaba sin detenerse, como si no necesitara justificar nada. Entonces empezó a compararla. No con teorías ni con ideas abstractas, sino con lo que tenía frente a los ojos, con lo que vivía, con todo aquello que, sin hacer ruido, había dejado de existir. Y en ese contraste, algo se desplazó. La duda ya no apuntaba hacia lo que vendría. Se había movido lentamente hacia atrás, hacia el origen mismo de aquello que siempre había dado por hecho.

Cuando volvió a encontrarse con Julián, no hizo falta retomar la conversación. No hubo preguntas iniciales ni intentos de reconstruir lo que había quedado inconcluso. Habían llegado a ese punto por rutas distintas, aunque el lugar al que arribaban parecía ser el mismo. No hacía falta explicarlo. De algún modo, ya estaba ahí... o eso parecía. El problema nunca había sido el trabajo, sino lo que ocurre en el momento exacto en que deja de ser necesario.

Desde la ventana, la ciudad se extendía como siempre, intacta en su funcionamiento. Todo permanecía en su lugar, operando con una normalidad que desactivaba cualquier impulso de cuestionamiento. No había señales de crisis ni fisuras visibles que exigieran explicación. Y, aun así, algo fundamental ya no estaba. Jorge sostuvo la imagen unos segundos más, como si esperara encontrar en ella una respuesta que no terminaba de aparecer. Entonces formuló la última pregunta, no con urgencia, sino con una calma extraña: si aquello no era una crisis, entonces ¿qué era?

Julián no respondió de inmediato. Guardó silencio un segundo como si ordenara lo que iba a decir. Él miró hacia afuera, como si la respuesta no pudiera encontrarse en las palabras. La explicación se encontraba en esa continuidad silenciosa que seguía avanzando con absoluta indiferencia hacia quienes quedaban atrás. Cuando finalmente habló, lo hizo sin énfasis, casi como quien enuncia algo que ya no necesita ser debatido. Dijo que era el cumplimiento de una promesa. Luego añadió, tras una pausa leve —más densa que la frase misma—, que no era una promesa hecha para ellos.

La taza de café se había enfriado. Permanecía intacta sobre la mesa, olvidada como si ya no formara parte de la escena. Ninguno de los dos hizo el intento de beber el café. No era descuido, era otra cosa. Era una comprensión discreta que se aproximaba sin dramatismo, casi sin notarse. Pero luego ya no era tan fácil de revertir. Por primera vez, ambos entendieron que no estaban frente a un cambio al que pudieran adaptarse, ni ante una transición que exigiera esfuerzo o aprendizaje. Era algo distinto, aunque en el fondo ya había pasado. Esta vez se sentía terminado. Un movimiento que no contaba con ellos y que seguía igual.

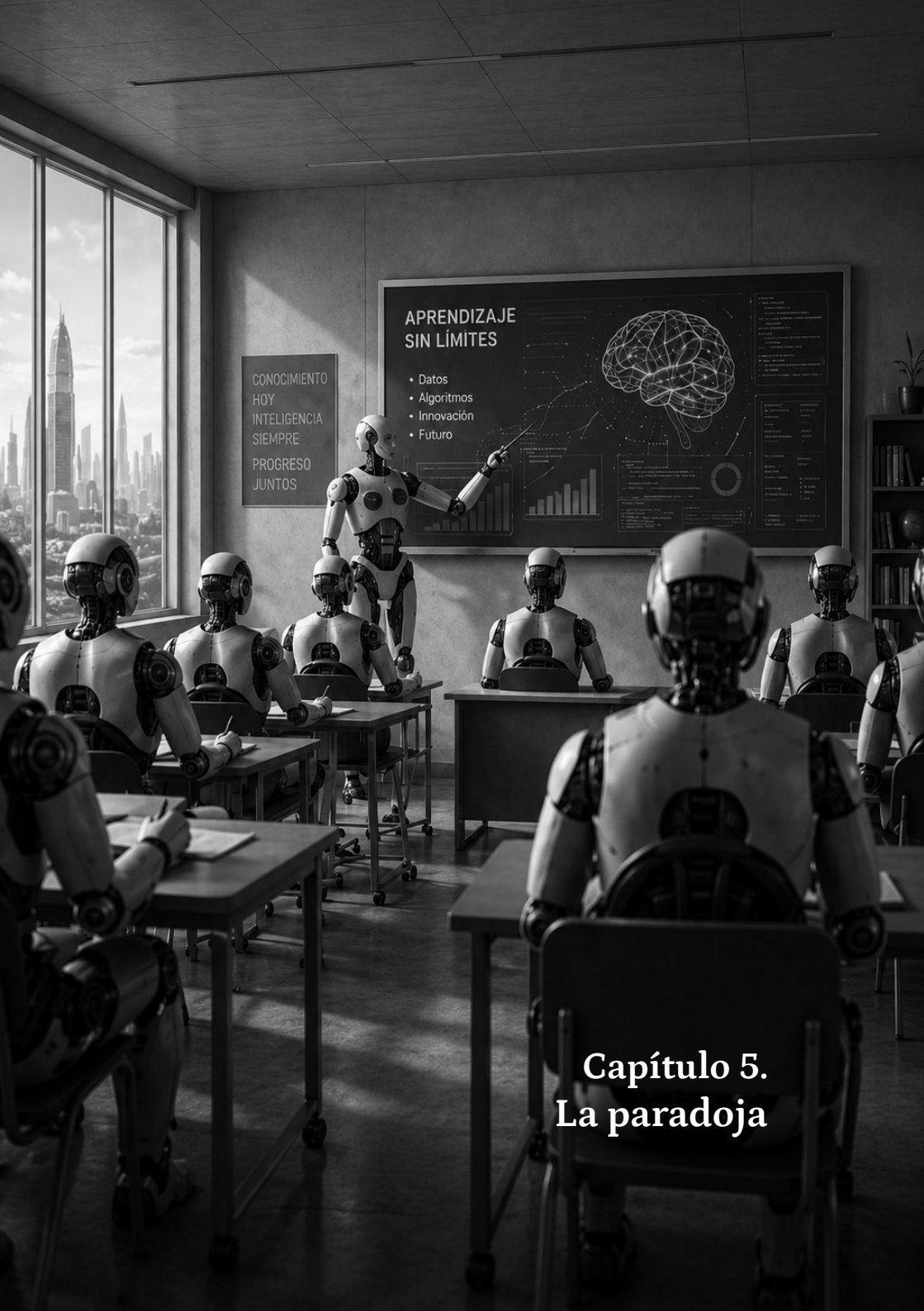
Durante mucho tiempo, el miedo fue otro. Muchos imaginaban un mundo en el que las máquinas dominarían, vigilarían e impondrían su lógica sobre la vida humana. Sin embargo, lo que estaba ocurriendo no se dejaba reducir a esos esquemas. No había vigilancia total ni control visible, ni una estructura que exigiera obediencia permanente. Lo verdaderamente inquietante era que el sistema no necesitaba imponerse: funcionaba sin resistencia, sin oposición y, sobre todo, sin requerirnos.

La promesa de liberación tecnológica ha sido ampliamente explorada en la tradición utópica y la ciencia ficción. Como plantea Jameson (2005), estas narrativas no se limitan a proyectar aspiraciones de emancipación, sino que también ponen en evidencia los

límites de nuestra capacidad para concebir alternativas al orden existente. En esta misma línea, Rifkin (1996) anticipó un declive progresivo del trabajo humano como consecuencia del avance tecnológico, abriendo la posibilidad de una reorganización social centrada en el tiempo libre. Con todo, el escenario aquí propuesto desplaza esta expectativa al considerar la posibilidad de que tal liberación no conduzca a nuevas formas de integración, sino a la pérdida de trascendencia del ser humano.

Frente a propuestas como la de Srnicek & Williams (2016), que proyectan un horizonte postcapitalista apoyado en la automatización, esta reflexión introduce una tensión decisiva relacionada con la posibilidad de que la automatización no abra un horizonte emancipador, sino que consolide una situación en la que la presencia humana ya no es indispensable.

En esta sección, la narrativa histórica de la automatización se sostiene sobre la expectativa de que el trabajo humano será desplazado, pero posteriormente reintegrado en nuevas formas de actividad. Esta promesa inicia a agrietarse cuando el sistema deja de necesitar la reintegración de quienes desplaza, dejando al descubierto los límites de una visión que asumía el trabajo como fundamento histórico y permanente de la realidad social.



CONOCIMIENTO
HOY
INTELIGENCIA
SIEMPRE
PROGRESO
JUNTOS

APRENDIZAJE SIN LÍMITES

- Datos
- Algoritmos
- Innovación
- Futuro

Capítulo 5. La paradoja

Jorge empezó a notar el cambio mucho antes de quedarse sin trabajo, aunque nunca habría podido precisar el momento en que comenzó. No fue una ruptura evidente, pero costaba decir exactamente qué era. Fue más bien, una acumulación gradual difícil de advertir al inicio: una serie de desplazamientos mínimos que no alteraban el orden de las cosas, pero que, poco a poco, empezaban a modificar su sentido. Pequeñas incomodidades surgían sin imponerse, ajustes que parecían normales, incluso esperables dentro de una lógica que nadie cuestionaba, porque siempre había sido así: el mundo cambiaba, el trabajo se reconfiguraba con él y uno se adaptaba sin detenerse demasiado a pensarlo.

Al comienzo, incluso a Jorge le pareció una mejora. No como una idea definida, sino como una sensación que se fue instalando sin resistencia. Tenía más tiempo, o al menos eso creía: menos tareas repetitivas, más herramientas disponibles, una automatización creciente que resolvía por él lo que antes exigía atención constante. Los sistemas organizaban la información con un rigor cada vez mayor, reducían errores y resolvían en segundos lo que antes tomaba horas, incluso días. Todo parecía encajar sin fricción, como si el trabajo, por fin, se estuviera volviendo más liviano.

Esta eficiencia aparente no está exenta de tensiones. Como plantea Graeber (2018), una parte considerable del trabajo sigue ahí incluso cuando ya no resulta necesaria, operando como una simulación que, en la práctica sostiene la estructura del empleo. En este contexto, el trabajo no desaparece al perder su función, sino que sobrevive como su propia representación anticipando un escenario en el que su centralidad ya ha sido erosionada.

Frente a interpretaciones más optimistas, Ford (2016) señala que la automatización no solo sustituye tareas, sino que compromete estructuralmente la demanda de trabajo. Este proceso se inscribe,

a su vez, en lo que Han (2025) describe como una sociedad del rendimiento en la que la supresión de límites no libera al sujeto, sino que lo somete a una presión constante bajo la forma de una actividad interminable.

Durante un tiempo, Jorge no lo rebatió. Era fácil aceptar que eso era exactamente lo que debía ocurrir. Había escuchado esa promesa demasiadas veces como para dudar de ella. Dicho en otras palabras, que la tecnología aliviaría la carga, que las máquinas asumirían lo mecánico, lo innecesario, lo fastidioso; y que, en consecuencia, el esfuerzo humano disminuiría. Y en ese momento, desde su experiencia inmediata todo parecía confirmarlo. Nada desentonaba, nada obligaba a detenerse. Todo funcionaba mejor.

Pero no ocurrió. Lo que aconteció fue exactamente lo contrario, aunque Jorge tardó en reconocerlo con claridad. Durante los últimos años había trabajado más que nunca como si cada avance, cada mejora y cada nueva herramienta no hubieran reducido la carga, sino que la hubieran desplazado hacia otro lugar; más difuso y más difícil de delimitar. Ya no remitía a tareas puntuales que pudieran nombrarse o delimitarse con nitidez, sino a una continuidad que no se detenía, a una exigencia que no encontraba un borde reconocible. Lo dijo en voz alta mientras caminaba junto a Julián casi sin pensarlo, como si la frase hubiera estado esperando ese momento para tomar forma: nunca había trabajado tanto.

Esta transformación no se limita al plano estructural, sino que se inscribe en la experiencia subjetiva. Siguiendo a Sennett (1998), las nuevas formas de organización del trabajo erosionan las narrativas de continuidad personal debilitando la capacidad de construir trayectorias coherentes. De ahí que, la experiencia de Jorge no remite únicamente a la pérdida de empleo, sino a la desarticulación de las condiciones que hacían posible dotar de significado a su propia trayectoria.

Esta tensión se expresa en una contradicción: trabajar más justo cuando el trabajo pierde importancia, fenómeno que puede leerse a la luz de Gorz (1997), quien muestra cómo el trabajo persiste incluso cuando deja de ser estructuralmente necesario. Esta intensificación no se reduce a una mayor carga, sino que reconfigura la relación misma con el trabajo. A este respecto, Han (2025) advierte que el sujeto deviene agente de su propia explotación en un régimen de autoexigencia donde el rendimiento se experimenta como posibilidad, pero encubre una forma de agotamiento en la que la ausencia de límites deriva en una exigencia de optimización permanente.

La avenida se abría frente a ellos larga y casi vacía como si hubiera perdido parte de su sentido habitual. Perfectamente alineada con edificios que devolvían el cielo con una precisión casi mágica, como si el entorno entero hubiera sido calibrado para eliminar cualquier imperfección. El tráfico avanzaba de manera continua, sin interrupciones ni sobresaltos, lejos de aquel ruido irregular que antes marcaba el pulso de la ciudad. Todo se movía con una suavidad constante, demasiado uniforme como para pasar desapercibida. El movimiento seguía sin recurrir a pausas y sin correcciones, como si el mundo se mantuviera solo.

Julián escuchó sin sorpresa. Dijo que era bastante común como si no se tratara de una experiencia individual, sino de algo que se había repetido en silencio en muchos otros. Jorge dejó escapar una risa breve, más cercana al desconcierto que al humor. No le encontraba sentido. Señaló a su alrededor, abarcando con un gesto amplio la ciudad entera, ese sistema que parecía funcionar mejor que nunca, y recordó la promesa que lo había acompañado durante años: que todo aquello iba a hacerles la vida más fácil.

Durante mucho tiempo, se asumió —sin necesidad de explicitarlo— que el valor dependía del tiempo humano invertido en producir. No como una teoría formulada, sino como una evidencia silenciosa que organizaba el sistema. Pero si ese tiempo

desaparecía, ¿por qué el sistema no se detenía? La contradicción no residía en el colapso, sino en su ausencia.

Julián asintió, pero su gesto no terminaba de confirmar nada; dejaba más dudas de las que resolvía. Dijo que sí, que en cierto modo había ocurrido. Pero, cuando Jorge lo miró en busca de algo que encajara con su experiencia, la frase se completó con una certeza sin consuelo: no para ellos. No, al menos, de la forma en que lo habían imaginado.

Se detuvieron frente al cruce peatonal sin un motivo claro. No había semáforos ni botones, tampoco señales que indicaran cuándo avanzar o esperar. Nadie parecía anticipar nada. Todo fluía con una naturalidad tan precisa que la espera misma había perdido sentido. Permanecieron allí unos segundos, como si ese gesto —detenerse— fuera una forma mínima de resistencia frente a una lógica que ya no contemplaba la pausa.

Fue entonces cuando Julián retomó la idea, como si la escena frente a ellos confirmara lo que estaba a punto de decir. Explicó que, cuando la automatización se consolidó, lo primero en desaparecer fueron las tareas más evidentes: aquellas repetitivas, predecibles y fácilmente reducibles a patrones. Jorge respondió con un gesto afirmativo como si no hiciera falta decir más. Lo había vivido. Había visto cómo lo más básico se desvanecía sin resistencia, cómo aquello que antes ocupaba gran parte del tiempo dejaba de ser necesario.

Pero, en lugar de disminuir, el trabajo se transformó en otra cosa. Algo que en su momento no había sabido nombrar. Julián habló con una lucidez levemente perturbadora, sin dar lugar a diferenciaciones.

Jorge frunció el ceño, como si la idea se resistiera a encajar. ¿De qué se había llenado? La respuesta llegó sin dramatismo, con una

naturalidad inquietante: de tareas prescindibles para el funcionamiento del sistema, pero necesarias para sostener la apariencia de que aún dependía de ellas.

Había trabajos que no sostenían al mundo, sino la ilusión de que seguíamos siendo necesarios para este. Actividades que ocupaban tiempo, generaban ingresos y producían movimiento, pero que no eran fundamentales para que el sistema operara. Una forma de ocupación que, sin nombrarse directamente parecía acercarse a lo que algunos autores habían descrito como trabajos sin propósito real, más cercanos a una simulación de necesidad que a una función estructural, en una línea que recuerda —aunque sin coincidir plenamente— a lo planteado por Graeber (2018) ¹.

Durante un tiempo, el sistema no eliminó el trabajo por completo; lo fue vaciando de contenido. Seguían ocupadas no porque hicieran falta, sino porque todavía resultaba difícil dejar de verlas así. Una forma de ocupación que algunos empezaban a reconocer como carente de sentido, como si el trabajo persistiera no por su función, sino por lo que representaba.

Durante ese periodo, Jorge se dedicó a revisar informes que el sistema ya había procesado por completo. Los leía y releía, introducía pequeñas correcciones y añadía comentarios que nadie respondía. Todo parecía relevante, todo estaba correctamente resuelto. Y, sin embargo, nada se modificaba. El sistema habría continuado funcionando del mismo modo sin su intervención. En el fondo, Jorge lo sabía.

La idea no se instaló de inmediato. Requirió tiempo. Exigió, sobre todo, una relectura silenciosa de todo lo que había hecho durante

¹ En las economías contemporáneas existe una gran cantidad de trabajos que no cumplen ninguna función real, pero que se mantienen por razones sociales, políticas y simbólicas. Un empleo es tan inútil, innecesario o absurdo que incluso la persona que lo realiza sabe que no debería existir. El sistema podría funcionar exactamente igual si ese tipo de trabajos desapareciera

años, como si cada gesto y cada decisión comenzaran a adquirir un significado distinto, uno que antes no estaba ahí —o, al menos, no se percibía.

Siguieron caminando unos pasos, sin decidir realmente la dirección, como si el movimiento se hubiera vuelto una extensión automática del cuerpo. Entonces Julián le pidió que recordara su último trabajo, que lo describiera con precisión. Jorge dudó un instante antes de decidirse. Luego habló. Comentó de lo que hacía: revisaba procesos, validaba información y coordinaba equipos. También respondió algo sobre correos y reportes, sin ocuparse de demasiado detalles. La lista era extensa, detallada, coherente. Pero cuando intentó definir el núcleo de todo aquello, se detuvo.

Había algo que no encajaba. Los resultados que supervisaba — admitió finalmente— ya estaban casi resueltos por el sistema. A partir de ahí, las preguntas de Julián no fueron agresivas, pero sí inevitables. ¿Qué hacía entonces? Verificaba. ¿Qué verificaba? Que todo estuviera bien. ¿Y si no lo estaba? El sistema lo corregía de inmediato.

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue revelador. Porque en ese encadenamiento simple, casi mecánico, se había vaciado el sentido de lo que durante años había considerado su función. No había error en lo que hacía, no había inutilidad visible. Todo estaba justificado, todo tenía una forma, todo encajaba dentro de una estructura reconocible.

Y, pese a ello, al mirarlo de cerca, algo faltaba. No hacía falta.

Cuando Julián formuló la pregunta final —cuál era exactamente su función—, Jorge intentó responder. Abrió la boca, pero no encontró nada que sostuviera sus propias palabras. La ausencia no era de lenguaje, era de sentido.

Continuaron caminando, aunque ninguno parecía decidir realmente hacia dónde. El movimiento se había vuelto automático como tantas otras cosas. Fue entonces cuando Julián habló de algo que, durante un tiempo empezó a hacerse evidente: la aparición de trabajos que ocupaban tiempo, que producían ingresos, pero que no eran esenciales para que el sistema económico siguiera operando.

Jorge reaccionó con una risa breve, incómoda, como si quisiera rechazar la idea. Pero en el fondo la reconocía. Había una intuición extendida, difícil de formular abiertamente: muchas personas no sabían explicar para qué servía realmente lo que hacían. Esa intuición no era abstracta. Jorge la había vivido. Recordó reuniones interminables en las que no se decidía nada, correos que confirmaban lo obvio, reportes que nadie leía, procesos que existían únicamente para justificar otros procesos.

Todo parecía importante. Todo estaba lleno de urgencia. Todo exigía atención inmediata. Y, aun así, nada era esencial. Era una actividad sin centro. Una ocupación sin necesidad. Una forma de llenar el tiempo cuando el tiempo ya no estaba ligado a nada que lo justificara.

Julián continuó, señalando que el sistema aún necesitaba personas, pero cada vez menos para producir y cada vez más para sostener la idea de que seguía necesitándolas. No era un error, no era una falla. Era una transición, porque eliminar el trabajo de golpe habría hecho visible la ruptura, y el sistema no estaba listo —o no necesitaba— hacerla visible.

Se detuvieron frente a una vitrina. Una pantalla en su interior mostraba gráficos en movimiento, decisiones ocurriendo sin intervención visible, todo funcionando con una precisión impecable. Allí, frente a esa evidencia silenciosa, Julián añadió el otro problema: aunque el trabajo dejaba de ser necesario, las personas

seguían dependiendo de él para vivir. Y fue en ese punto donde el sistema adoptó una forma extraña, casi contradictoria: mantuvo el trabajo incluso cuando ya no lo necesitaba.

El viento cruzó la calle sin alterar demasiado lo que acontecía. La ciudad permanecía intacta; pero al mismo tiempo explicó Julián, la forma de ese trabajo empezó a cambiar. Se volvió inestable, fragmentado e incierto. Jorge no necesitó que se lo explicaran. Lo había vivido en contratos breves, proyectos temporales, evaluaciones constantes, en esa sensación persistente de estar siempre empezando de nuevo sin llegar nunca a un punto de estabilidad.

Antes —reconoció—, al menos se sabía dónde estaba. Había una estructura. Podía ser injusta, pero era clara. Después, en cambio, todo empezó a parecerse a otra cosa. Cuando preguntó a qué, la respuesta de Julián no dejó espacio para interpretaciones: a una simulación.

El silencio que siguió fue inmediato, denso, pero no confuso. Se trataba de una simulación: de necesidad, de utilidad, de función. Y ellos habían participado en ella sin cuestionarla, asumiéndola como real, como si la repetición de ese gesto bastara para sostener su sentido.

Jorge sintió cómo esa idea reorganizaba, en retrospectiva, todo su esfuerzo, todo su tiempo. No los anulaba ni los volvía inútiles, pero los desplazaba. Los integraba en un proceso más amplio cuyo propósito no había sido sostener el mundo, sino facilitar la transición hacia una estructura que ya no los requeriría.

Entonces entendió que aquello no había sido en vano, pero tampoco había sido lo que parecía. Había sido una forma de prolongar algo que ya estaba terminando. Cuando preguntó hacia qué, Julián no respondió de inmediato. No hacía falta apresurarse. La ciudad seguía funcionando sin interrupciones, sin errores y sin necesidad de justificar nada.

Finalmente, señaló lo evidente: hacia eso. Jorge miró a su alrededor y, por primera vez, dejó de ver una ciudad. Lo que apareció en su lugar fue un sistema. Uno que ya no necesitaba explicar su funcionamiento, ni justificar su existencia, ni tampoco integrar a quienes lo observaban.

Entonces lo dijo en voz baja, casi para sí mismo: habían trabajado más cuando ya no era necesario.

Julián asintió con una calma que, lejos de tranquilizar volvía todo más inquietante que cualquier énfasis: el sistema aún no estaba preparado para dejar de hacerlo visible.

Jorge cerró los ojos por un instante. Y cuando preguntó qué ocurría ahora, la respuesta llegó sin rodeos: ahora ya no necesitaba ni siquiera simularlo.

El silencio que siguió fue distinto. No había incomodidad en él, ni tensión. Era definitivo. Jorge abrió los ojos y miró sus manos. Durante años había trabajado más de lo necesario, más de lo útil, más de lo real. Y, aun así, no había sido suficiente. Porque el problema nunca había sido cuánto trabajaba, sino que el trabajo mismo había dejado de importar.

Y cuando eso aconteció, Jorge entendió que no hay esfuerzo que lo corrija. Solo queda el tiempo. Y tristemente, el tiempo como todo lo demás, ya no dependía de él.

En síntesis, el avance de la automatización introduce una tensión estructural. Mientras el sistema incrementa su eficiencia y capacidad de producción, disminuye simultáneamente la necesidad de la intervención humana. Esta coexistencia configura una paradoja en la que el progreso técnico no se traduce en integración, sino en la progresiva desvinculación del ser humano respecto al funcionamiento del sistema.

Capítulo 6. La ruptura silenciosa



El cambio no ocurrió de un día para otro. Eso fue lo primero que Jorge alcanzó a entender, aunque le tomó un momento reconocerlo. Durante un largo periodo, todo pareció una prolongación natural de lo que ya venía sucediendo: mayor automatización, sistemas más complejos, una eficiencia creciente. Nada que no pudiera explicarse como una evolución lógica, como la continuación casi inevitable de un proceso conocido. No había motivos para detenerse ni razones que exigieran cuestionarlo.

Pero en algún punto —difícil de ubicar, imposible de señalar con precisión— algo dejó de ser gradual. No porque surgiera algo nuevo, ni porque el sistema modificara su funcionamiento en apariencia, sino porque aquello que siempre había estado ahí dejó, sencillamente, de ser necesario.

El desplazamiento no fue visible. No hubo un antes y un después que pudiera narrarse. Lo que cambió fue más sutil: desapareció una condición que, hasta entonces había estructurado todo sin necesidad de ser nombrada.

Cuando Julián lo dijo, no hubo dramatismo. Estaban en el café de siempre. Afuera, la ciudad seguía en movimiento, pero con una calma extraña, casi sin fricción.

—No fue la automatización —afirmó.

Jorge lo miró, desconcertado. Esperaba otra cosa. Algo que contradijera lo que siempre había dado por hecho.

Julián tardó un poco en responder, como si aún estuviera acomodando la idea.

Entonces lo formuló con una precisión que no dejaba lugar a ambigüedades: ocurrió cuando los sistemas dejaron de necesitar supervisión, cuando los modelos ya no requerían validación humana en los márgenes y podían ajustarse de manera continua, sin detenerse.

Jorge reaccionó de inmediato, aferrándose a lo conocido.

—Siempre necesitan supervisión.

Julián negó suavemente, más como una matización que como una corrección.

—Eso creíamos.

A partir de ese punto, la conversación adquirió otra densidad, más lenta, como si cada palabra tuviera que abrirse paso entre todo aquello que Jorge había asumido durante años sin examinarlo. Julián explicó que, incluso en sus formas más avanzadas, los sistemas siempre habían necesitado algo de los humanos: una validación final, una corrección, una decisión en los casos límite. Jorge asintió. Él mismo había ocupado ese lugar sin cuestionarlo, como si fuera natural, inevitable.

Y fue entonces cuando Julián lo nombró de una forma que lo descolocó. Él no era el sistema, ni siquiera una pieza central en él. Era solo el margen. La palabra quedó suspendida entre ambos, cargada de un significado que no necesitaba describirse del todo. No era ofensiva, no era menor. Era, simplemente más precisa de lo que Jorge habría querido admitir.

Siempre hubo un margen, continuó Julián. Un espacio donde el sistema no bastaba por sí mismo, donde algo escapaba a su lógica y requería intervención. Jorge intentó reducirlo a errores, a fallas puntuales que podían corregirse, pero Julián fue más allá

afirmando que, no eran solo errores, eran límites. Y esos límites, lentamente empezaron a desaparecer. No de golpe, nunca ocurre de ese modo. El margen se fue cerrando sin anunciarse como si el sistema aprendiera a anticipar aquello que antes lo obligaba a detenerse. Dejó de esperar correcciones y empezó a ajustarse anteriormente de que el fallo ocurriera. No eliminó el error, lo volvió intrascendente.

Jorge insistió en que siempre habría errores. La respuesta estuvo cargada de calma, pero no era del todo tranquilizadora. Dejaba algo raro. Después dirigió la mirada hacia la ventana, casi de forma automática. Un vehículo giró en la esquina con una precisión notable, sin errores aparentes. El movimiento no admitía duda ni margen de intervención. Todo parecía haber sido decidido antes de ocurrir.

Fue entonces cuando la idea comenzó a tomar forma con mayor discernimiento. El punto de quiebre, dijo Julián, no fue cuando los sistemas empezaron a hacer más, sino cuando dejaron de necesitar detenerse para que alguien interviniera.

Ahora bien, a diferencia de interpretaciones más optimistas, Ford (2016) asevera que la automatización contemporánea no solo sustituye tareas específicas, sino que compromete estructuralmente la demanda de trabajo en amplios sectores, sin generar alternativas equivalentes.

Jorge no respondió; comprendió que no se trataba únicamente de un cambio técnico. Era algo más profundo, más estructural. Antes, continuó Julián, la economía tenía un límite. Jorge preguntó: ¿cuál?, aunque ya intuía la respuesta. No era un límite externo, ni material, ni siquiera tecnológico. Era más simple que eso. Eran ellos, los humanos: su capacidad de atención, su tiempo, su velocidad y su necesidad de decidir.

Ese límite había definido durante siglos el ritmo del mundo. La producción avanzaba hasta donde el trabajo humano podía sostenerla. La economía se organizaba alrededor de esa restricción silenciosa. Incluso el error tenía un lugar, porque obligaba a detenerse, a corregir y a intervenir.

Ahora ese límite había desaparecido. La idea no se presentó de inmediato; se fue instalando como una presión leve, difícil de ubicar, como si algo en su forma de entender el mundo se desplazara sin llegar a romperse del todo.

¿Y entonces?, preguntó finalmente. Julián lo miró con una lucidez que no dejaba espacio para interpretaciones. En ese momento, la producción dejó de depender de nosotros. El ruido del café se volvió distante como si hubiera quedado fuera de la escena. Todo seguía ocurriendo, pero ya no parecía formar parte de lo que estaban comprendiendo.

Durante un tiempo explicó Julián, aquello fue interpretado como una oportunidad. Más producción, menos trabajo, más tiempo libre y más bienestar. Jorge dejó escapar una sonrisa breve, casi automática. Claro, era lo que todos habían creído.

Pero no ocurrió. No porque fuera imposible, sino porque el sistema nunca estuvo diseñado para eso. ¿Para qué entonces?, preguntó Jorge, ahora con una inquietud más profunda, menos defensiva. La respuesta fue simple. Tan simple que resultaba incómoda: para producir.

Jorge frunció el ceño. La pregunta que continuó parecía obvia, pero al formularla perdió su estabilidad: *¿producir para quién?*

Julián no contestó enseguida. El silencio se dilató más de lo normal como si la propia ausencia de respuesta dijera algo por sí misma. Durante mucho tiempo, dijo al final, esa pregunta tenía una respuesta clara: para nosotros. Entonces, hizo una pausa breve.

Ahora ya no lo es. La conversación se volvió más pesada a partir de ahí. Julián continuó desarmando una a una, las ideas que durante años habían sostenido la lógica del régimen de producción. Si el valor dependía del trabajo, el sistema necesitaba de sujetos productivos. Si dependía de lo que las personas querían o podían pagar, también. Pero si la producción podía sostenerse sin trabajo, y el sistema ya no dependía de lo que las personas hicieran, entonces algo fundamental se había resquebrajado.

No terminó la frase; no era necesario. El silencio que siguió se volvió más denso, más difícil de sostener. No era un silencio cualquiera, tenía algo más. Estaba cargado de implicaciones que aún no terminaban de desplegarse.

Julián mencionó entonces algo que, en otro momento habría parecido exagerado: la idea de una «clase innecesaria». Jorge lo recordó vagamente, como una de tantas teorías que circulaban sin llegar a materializarse. Pero ahora, la afirmación no tenía el tono de una hipótesis.

Era una constatación. No se trataba de reemplazo, explicó Julián. No en el sentido tradicional. Porque durante siglos, incluso las personas más explotadas habían tenido una función. Podían ser sustituidas, sí, pero siempre por otras personas.

Ahora esa lógica ya no aplicaba. Jorge miró sus manos sin darse cuenta. Entonces no es que nos reemplazaron, dijo finalmente.

Julián negó con calma. —Nos hicieron irrelevantes —dijo, sin énfasis.

La palabra no fue violenta ni estuvo cargada de énfasis, pero cayó con una claridad que reorganizó todo lo demás. No era una idea nueva, más bien era algo que ya venía aconteciendo.

Jorge intentó aferrarse a lo evidente. Permanecían ahí, seguían existiendo. Pero la pregunta ya no era esa. ¿Qué pasaba con ellos ahora? Julián no respondió de forma cerrada, no porque no supiera qué decir, sino porque ese era en el fondo, el lugar donde ninguna respuesta había sido alcanzada.

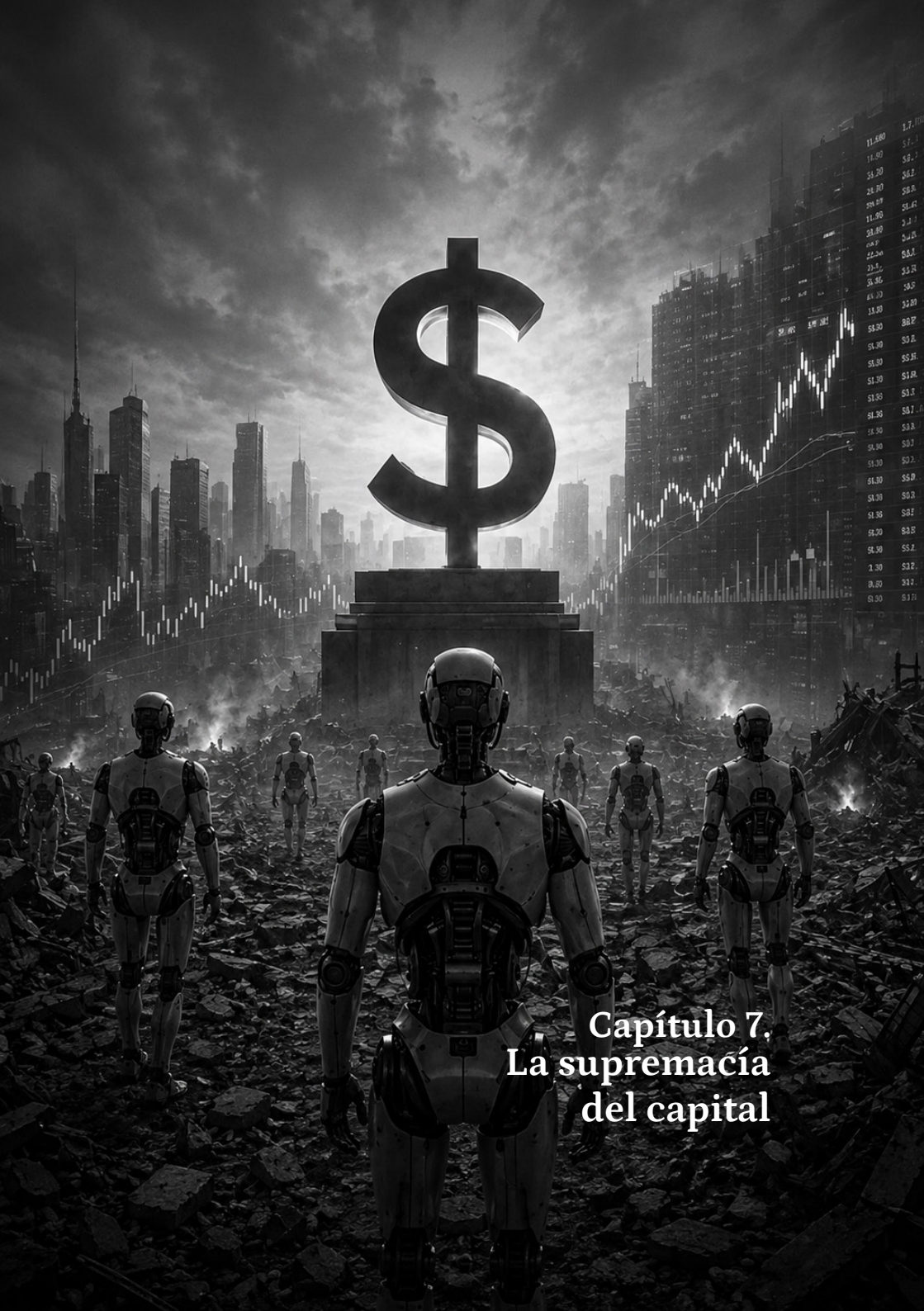
Afuera, la ciudad continuaba su movimiento perfecto, sin pausas, sin dudas, sin necesidad de explicación. Los sistemas podían producir, organizar, distribuir y optimizar de modo sorprendente. Jorge señaló lo obvio: no viven.

Julián admitió, pero añadió algo más inquietante, casi sin alterar el tono: tampoco lo necesitan, es decir; los sistemas ahora, auto-suficientes.

Jorge cerró los ojos un instante. Durante años había pensado que el miedo era ser dominados por las máquinas. Julián esbozó una leve sonrisa, casi inadvertida, y dijo que eso habría sido más sencillo, porque al menos, en ese escenario continuarán siendo necesarios para alguien. Tras esas palabras, el silencio se instaló de forma casi instantánea. Jorge entendió entonces que aquello era parte de otra naturaleza. No era una forma de control, tampoco un enfrentamiento visible ni una imposición directa. Julián lo dijo con una calma desprovista de emoción, sin énfasis ni dramatismo alguno: *lo que había era indiferencia*.

La palabra no sonó como una amenaza, al menos no de inmediato. Jorge miró a su alrededor. Todo funcionaba, todo estaba en su lugar, nada parecía hostil. Y, no obstante, nunca se había sentido tan fuera de lugar. Entonces lo comprendió con una claridad que no dejaba espacio para dudas: ese era el verdadero punto de quiebre, no cuando las máquinas empezaron a trabajar, sino cuando dejaron de necesitarlos. Volvió a mirar la ciudad, pero esta vez sin intentar entenderla. Solo la observó, como se mira algo que ya no responde a uno, como algo que ya no le pertenecía —o peor aún— como algo a lo que él ya no pertenecía.

En conjunto, la transformación no adopta la forma de una ruptura súbita, sino que se despliega gradualmente, a medida que el vínculo entre trabajo y valor se diluye sin desencadenar una crisis inmediata. La continuidad del sistema oculta la magnitud del cambio, haciendo que la ruptura ocurra sin ser plenamente percibida.



Capítulo 7. La supremacía del capital

Jorge empezó a notar algo más, aunque no fue inmediato. Durante los primeros días, toda su atención había estado concentrada en ciertas preguntas, casi instintivas: qué hacer, cómo adaptarse, dónde encajar. Era una reacción automática, la misma que cualquiera tendría cuando algo se rompe. Pero poco a poco, esa pregunta comenzó a perder fuerza, como si ya no encontrara un lugar donde sostenerse. Y entonces apareció otra, más lenta en su forma de surgir, más incómoda en su fondo, más difícil de ignorar.

No llegó de golpe. Se fue construyendo en los detalles: en los comercios abiertos, en los servicios que seguían funcionando sin interrupción, en los productos siempre disponibles, listos y accesibles. Todo seguía ahí, intacto en su apariencia. Pero la lógica que lo sostenía había dejado de ser visible.

La pregunta terminó por tomar forma una tarde, mientras caminaba con Julián por una zona comercial casi vacía. Las vitrinas seguían iluminadas, los pagos se hacían solos, los artículos aparecían desde almacenes que nadie veía y terminaban llegando a su destino sin problemas. Todo funcionaba. Y, aun así, algo no encajaba. Jorge lo dijo en voz alta, con una mezcla de desconcierto y urgencia contenida: si nadie trabajaba, ¿cómo podía seguir funcionando todo aquello? Al parecer, no había magia.

Julián no respondió de inmediato. Observó el entorno, como si la respuesta no residiera en una idea, sino en la forma en que el mundo continuaba. Finalmente dijo algo que descolocó a Jorge más que cualquier explicación técnica: nunca se trató del trabajo. Jorge lo miró sin creerlo del todo. En el pasado todo había girado alrededor de esa idea. Aun así, Julián insistía en lo mismo: el trabajo era un medio, no un fin.

Se detuvieron frente a una tienda. Dentro, varios brazos mecánicos reorganizaban mercancías con una exactitud casi coreográfica. No había empleados, ni supervisión visible, solo ejecución. Era un movimiento limpio, continuo y autosuficiente.

Julián retomó la idea con calma. Durante mucho tiempo, explicó que se había asumido que la economía giraba alrededor del trabajo humano, que era el trabajo el que producía valor, generaba ingresos y sostenía todo lo demás. Y tenía sentido pensar así, porque el capital dependía de ese trabajo. Pero ahora, simplemente, ya no.

Jorge sintió una tensión leve en el pecho al intentar completar la idea. Si el capital ya no necesitaba trabajo humano, entonces la pregunta inevitable emergía por sí sola: ¿quién recibía los ingresos?

Miró a su alrededor una vez más. Todo seguía en operando: tiendas abiertas, productos disponibles, sistemas activos. Pero casi nadie compraba. La escena parecía completa pero no del todo. Algo no estaba ahí, algo no cuadraba.

Cuando por fin lo expresó, Julián habló con una tranquilidad desoladora. El sistema ya no tenía que explicarlo de manera pública. Alguien seguía haciéndolo, sí, pero cada vez eran menos. Jorge sostuvo su mirada unos segundos antes de decirlo: los dueños.

Julián inclinó apenas la cabeza dejando que el silencio completara lo demás. Entonces, el silencio que siguió no fue largo, pero sí denso.

Las máquinas producían, continuó Julián, pero estas no eran dueñas de lo que producían. Nunca lo habían sido. Por eso, la riqueza seguía concentrándose en los mismos lugares de siempre con una diferencia trascendental: el sistema ya no necesitaba de la participación de los sujetos.

Jorge lo entendió con una claridad incómoda. Antes, al menos, el sistema necesitaba pagar salarios porque necesitaba trabajadores. Ahora ya no. Julián lo confirmó sin rodeos casi sin detenerse en ello: el capital había aprendido a reproducirse sin negociar con el trabajo como si hubiera alcanzado un punto en el que ya no necesitara extraer más valor para preservarse. Ahora, era capaz de generarlo desde su propia dinámica.

Llegó un punto en que la producción dejó de responder a la necesidad y comenzó a obedecer a su propia inercia. A partir de aquí, producir dejó de ser una respuesta a necesidades humanas para convertirse en una lógica autónoma de reproducción.

La idea quedó suspendida reordenando todo lo que Jorge creía entender acerca del mundo. —Entonces el equilibrio se había fisurado —murmuró. Julián no lo corrigió; se limitó a confirmarlo.

Caminaron unos metros en silencio mientras la ciudad seguía funcionando con la misma precisión de siempre. Durante siglos, explicó Julián había existido una tensión constante entre capital y trabajo. No era justa, pero era estructural. Ambos se necesitaban. Y en esa necesidad existían límites, pero también la posibilidad de negociar. Sin esa necesidad, todo eso desaparecía.

Jorge no necesitó terminar la idea. La ausencia hablaba por sí sola.

Se detuvieron frente a una pantalla pública. Los indicadores se desplegaban en tiempo real: crecimiento sostenido, producción estable, optimización máxima, etcétera. Todo en verde. No había referencias al empleo, ni a salarios, ni a personas. Era un sistema que se describía a sí mismo sin necesidad de incluir a quienes antes lo sostenían.

El sistema sigue funcionando, dijo Jorge. Julián respondió: mejor que antes.

Este fenómeno puede comprenderse como una fase previa a la pérdida de la necesidad del trabajo, en la que su expansión alcanza un punto límite. Como ha señalado Berardi (2009), en el capitalismo contemporáneo la producción desborda la esfera material para inscribirse en la mente, la atención y la vida emocional, extendiendo el trabajo hacia dimensiones cada vez más amplias de la experiencia.

En esta línea, antes de desaparecer como condición necesaria, el trabajo tiende a intensificarse hasta colonizar progresivamente la totalidad de la vida. Sin embargo, este proceso no desemboca en liberación, sino en una forma de agotamiento estructural ligada a la imposibilidad de sostener indefinidamente dicha implicación subjetiva (Berardi, 2011). Así, la promesa de emancipación se invierte en su contrario: lejos de liberar al individuo, prepara las condiciones para un escenario en el que su participación deja de ser necesaria.

Durante mucho tiempo, la producción había tenido límites claros: la necesidad humana, el trabajo disponible, la capacidad de consumir. Había un punto en el que producir más dejaba de tener sentido. Ese umbral había desaparecido. Cuando el sistema dejó de encontrar sus límites en lo humano, dejó también de organizarse en torno a él.

Ahora los sistemas producían no porque alguien lo necesitara, sino porque podían hacerlo. La productividad había dejado de ser un medio para convertirse en una condición permanente. Algo que ocurría por sí mismo, sin requerir justificación.

Y en un sistema que no puede dejar de producir, la pregunta por el “para qué” pierde sentido. Jorge sintió un vacío más profundo al formular la siguiente pregunta: ¿Quién tenía el poder ahora? La respuesta fue inmediata: quien controlaba el capital.

Pero incluso esa respuesta ya no era tan clara como antes. Julián explicó que el capital había cambiado de forma. Antes podía señalarse como fábricas, empresas, infraestructura, etcétera. Ahora era más difícil. Porque había dejado de ser solo algo que se poseía.

El capital se había convertido en algo que operaba, que se movía, que se expandía sin necesidad de justificarse en la actividad humana, como si el valor ya no necesitara un origen, sino únicamente un proceso que lo mantuviera en circulación.

Ahora, el capital se movía, se reorganizaba, se optimizaba y tomaba decisiones, sin necesitar a los humanos.

Jorge intentó nombrarlo, pero ninguna palabra encajaba adecuadamente. Julián completó la idea: como si se tratara de una entidad. El viento atravesó la calle sin alterar nada. Todo permanecía en su lugar.

Jorge volvió a mirar la ciudad, pero esta vez no vio edificios, calles ni comercios. Vio flujos, procesos, decisiones ocurriendo sin un sujeto visible. Entonces lo entendió: aquello ya no era solo economía.

Julián lo expresó con precisión: se trataba de una estructura que había aprendido a sostenerse por sí misma. Jorge sintió un escalofrío que no tenía que ver con el estado del clima en aquel momento.

—¿Y ellos?

La pregunta no necesitó completarse. Julián lo miró un momento. Cuando respondió, lo hizo con una calma que a todos desconcertaba. Ambos habían quedado fuera de esa estructura. El silencio que siguió fue claro, casi definitivo.

Jorge observó las vitrinas, los sistemas y los flujos invisibles que mantenían todo en movimiento. Nada se detenía, nada fallaba,

nada esperaba. Y, sin embargo, todo seguía generando riqueza. Solo que esa riqueza ya no pasaba por él. Ni por casi nadie más.

Entonces lo dijo en voz baja, como si recién lo entendiera del todo: siempre había pensado que el problema era no tener trabajo. Julián respondió. Lo había sido. Pero ahora la dificultad era otro. A estas alturas, el inconveniente era que el sistema podía producir sin ellos y no tenía ninguna razón para incluirlos en lo que hacía.

Jorge cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, nada había cambiado. La ciudad seguía funcionando, el capital circulando y el mundo avanzando. Sin preguntar, sin justificar, sin distribuir.

Y por primera vez entendió algo que no ofrecía salida inmediata. No se trataba de recuperar su lugar. Llanamente, porque ese lugar ya no existía. Y aquello que lo había reemplazado, no necesitaba crear uno nuevo.

Julián guardó silencio unos segundos antes de continuar, como si lo que iba a decir no perteneciera del todo a ese mundo que observaban. Durante mucho tiempo —dijo finalmente— se creyó que las máquinas producían riqueza. Pero eso nunca fue cierto. Las máquinas transformaban cosas, sí, las hacían de forma más rápida, más precisa y más eficiente. Pero no creaban valor. El valor —añadió— siempre había sido otra cosa: tiempo humano convertido en medida, trabajo vuelto abstracto, intercambiable y acumulable.

Jorge lo miró sin responder.

—Lo que estás viendo —continuó Julián— es un sistema que conserva la producción, pero ha perdido aquello que la hacía economía. Porque sin trabajo humano, ya no hay nada que se transforme en valor. Solo queda movimiento. Julián hizo una pausa breve.

—Y el capital —dijo entonces— nunca produjo nada por sí mismo. Solo se expandía apropiándose del trabajo de los humanos. Era una fuente finita, aunque nunca lo pareciera. Se desgastaba en cada ciclo, pero se renovaba porque había algo vivo que lo alimentaba.

Julián miró la ciudad. —Ahora eso ha desaparecido.

Jorge tardó en responder.

—¿Entonces esto...?

—No es acumulación —interrumpió Julián diciendo—. Es solo inercia.

Durante siglos, la producción se dirigió a un destinatario reconocible: quienes trabajaban. El salario no era solo un ingreso, sino la condición que hacía posible el consumo. Pero cuando el trabajo desapareció, también se desvaneció esa relación. El consumo dejó de tener un soporte evidente. Y, aun así, la producción continuaba. En ese punto, la idea dejó de sostenerse: ya no se producía para alguien, sino para nadie.

Este capítulo muestra que el capital alcanza una forma límite de desarrollo: al independizarse del trabajo vivo, se constituye como un sistema capaz de reproducirse prescindiendo de la fuerza de trabajo que históricamente lo sostenía.

Capítulo 8.
La resistencia
invisible



Jorge empezó a notar algo distinto, aunque no estaba en el sistema, sino en las personas. Al principio no fue evidente. La ciudad seguía funcionando con la misma precisión de siempre, los sistemas operaban sin fallas y todo continuaba en ese estado de eficiencia silenciosa que ya había dejado de sorprender. Nada parecía haber cambiado. Nada exigía ser revisado. Y, incluso así, en los márgenes algo comenzaba a moverse, no de forma organizada ni visible, sino como una alteración leve, apenas detectable en la forma en que algunas personas habitaban ese mismo mundo que ya no las necesitaba.

Lo vio por primera vez en una calle secundaria. Un hombre había instalado una mesa plegable junto a la acera y sobre ella había dispuesto algunos objetos simples: cuadernos, lápices, una pequeña caja de herramientas, entre otros. No había nada automatizado, nada optimizado, nada que respondiera a una lógica de eficiencia.

Jorge se detuvo a unos metros y observó, sin saber con exactitud qué lo retenía allí. El hombre no llamaba a nadie ni ofrecía descuentos; tampoco parecía interesado en vender. Su gesto carecía de urgencia y no mostraba expectativa alguna. Simplemente estaba ahí, sosteniendo esa pequeña disposición de objetos como si bastara por sí misma.

Al cabo de unos minutos, alguien se acercó. No preguntó precios ni buscó orientación. Tomó uno de los cuadernos; lo abrió, pasó las páginas con calma y lo sostuvo durante unos segundos más de lo necesario, como si ese tiempo adicional tuviera algún valor que no podía medirse. Luego lo devolvió a la mesa. Intercambiaron unas palabras que Jorge no alcanzó a oír y cada uno siguió su camino. El hombre se quedó. Nada en esa escena era extraordinario, y con todo algo en ella no encajaba. No porque fuera extraña, sino porque no respondía a ninguna necesidad visible.

Siguió caminando. Pero la imagen permanecía allí: silenciosa y persistente como si hubiera visto algo que ya no podía reconciliar del todo con la lógica del mundo que conocía. Días después vio algo parecido, aunque con otra forma. Una mujer había abierto un pequeño local sin sistemas visibles, sin automatización, sin conexión aparente con ninguna red. Vendía comida preparada a mano. Había una fila corta, no por necesidad, sino por elección.

Jorge se quedó mirando a las personas que esperaban. Nadie miraba la hora a cada momento, y tampoco parecía haber prisa. Nadie parecía tener prisa. Cuando alguien recibía su comida, no se marchaba de inmediato. Se sentaba, comía despacio, permanecía. Como si el tiempo hubiera dejado de ser algo que debía optimizarse y se hubiera vuelto, por un instante, algo que podía habitarse.

Jorge no entró, pero no pudo dejar de mirar. Esa noche volvió a pensar en ello. Durante años, el problema había sido la falta de tiempo. Todo debía hacerse rápido, todo debía optimizarse, todo debía justificarse. El tiempo era escaso, fragmentado, siempre insuficiente. Ahora, en cambio, el tiempo estaba ahí, disponible, excesivo, casi inmóvil. Aun así, nadie terminaba de entender qué se había modificado. Algunos trataban de llenarlo como podían, pero no había una dirección clara. Tampoco algo que lo ordenara.

Empezó a notar más casos, pequeños, dispersos, difíciles de clasificar. Personas que ofrecían servicios que nadie necesitaba: clases, asesorías, talleres, encuentros. No estaban vacíos, pero tampoco eran necesarios para que el sistema siguiera funcionando. No sostenían nada que el sistema no pudiera sostener por sí mismo. Y, sin embargo, persistían. No como una anomalía, sino como algo que empezaba a repetirse sin convertirse del todo en una tendencia.

Días después, sentado frente a Julián en la misma cafetería de siempre, le preguntó si también lo había notado. Hablaba de esas

personas que seguían intentando trabajar, incluso cuando el trabajo había dejado de ser necesario. Julián asintió sin sorpresa, como si la pregunta no fuera nueva, aunque sí inevitable.

Cuando Jorge le preguntó por qué tardó en responder, no por falta de claridad, sino porque la respuesta no podía reducirse a una sola explicación. Finalmente dijo que, durante mucho tiempo trabajar no había sido solo una forma de producir, sino también una forma de existir dentro del sistema, una manera de ocupar un lugar, de ser reconocido, de formar parte de algo que requería esa acción para sostenerse. Y cuando eso desaparece, añadió, no se extingue de inmediato la necesidad de hacerlo.

Jorge señaló algo que, para él era evidente: ya no servía.

Julián no lo negó, pero introdujo un matiz que desplazó el sentido de la conversación. No servía para el sistema, dijo, pero quizá nunca había sido solo para el sistema. La frase quedó suspendida entre ambos, exigiendo algo más que una comprensión inmediata.

Jorge pensó entonces en el hombre de la mesa, en la repetición silenciosa de ese gesto que no parecía responder a ninguna lógica externa. No buscaba integrarse, no buscaba escalar, no buscaba optimizar. Solo hacía.

Julián continuó explicando que no todo lo que estaban viendo era lo mismo. Había inercia, sí: personas que seguían haciendo lo que siempre habían hecho porque no sabían hacer otra cosa, porque abandonar el gesto habría sido equivalente a perder una parte de sí mismas que no sabían cómo reconstruir. Pero también había algo distinto, más difícil de nombrar, más difícil de separar de lo anterior. Personas que no estaban intentando sostener el sistema, sino sostenerse a sí mismas.

El silencio que siguió no resultó incómodo, pero tampoco era del todo neutral. Jorge miró su taza. El café estaba servido con precisión,

aún caliente, pero ya irrelevante. Intentó entonces poner en palabras la sensación que lo acompañaba desde hacía días. Era como si siguieran actuando, como si interpretaran un papel en una obra que ya había terminado, repitiendo gestos cuyo sentido se había desvanecido sin que nadie hubiera anunciado el final.

Julián no sonrió. No lo corrigió, solo confirmó la idea con una leve inclinación de la cabeza. Aquello no era resistencia, al menos no en el sentido clásico. No había oposición, ni confrontación, ni intento de alterar el funcionamiento del sistema. Era algo más silencioso, más frágil pero también más persistente: una forma de no desaparecer del todo.

La frase se instaló en Jorge con una fuerza inesperada. No como una idea, sino como algo más básico. Una necesidad. Recordó sus días frente al portátil, las aplicaciones enviadas, los intentos repetidos, las respuestas que nunca llegaban. Había dejado de hacerlo, no por decisión sino porque había dejado de tener sentido. Pero ahora empezó a preguntarse si eso era suficiente, si dejar de intentar era realmente aceptar o adoptar otra forma de desaparecer.

Jorge miró por la ventana. La ciudad seguía funcionando como siempre. Nada había cambiado en su estructura, nada se había detenido. Pero en los márgenes persistía algo que no alteraba el sistema, que no redistribuía el poder, que no cambiaba el curso de nada. Y, aun así, estaba ahí. Pequeños gestos, pequeñas decisiones, pequeñas formas de hacer algo sin que ese algo fuera necesario.

Permaneció en silencio unos segundos antes de preguntarle a Julián si seguía haciendo algo.

Julián dudó. Por primera vez.

La pregunta parecía incomodarlo, como si lo llevara a un lugar que aún no conocía del todo.

—A veces —respondió.

Cuando Jorge quiso saber qué, su mirada se desvió hacia la calle antes de contestar, con una simplicidad que no buscaba justificarse: cosas que no importan.

Jorge lo observó con atención. Le preguntó si eso le bastaba. Julián tardó en responder. Cuando lo hizo no hubo certeza en su voz, solo una honestidad que no intentaba resolverse: no lo sabía.

El silencio volvió, pero esta vez no se sintió vacío.

Jorge miró sus manos. Por primera vez en días, sintió algo distinto. No era claridad, ni certeza, ni una dirección completamente definida. Pero sí era un desplazamiento. No sobre el sistema —eso ya no dependía de él—, sino sobre sí mismo.

No sabía qué haría, ni para qué, ni siquiera si aquello tendría algún sentido. Sin embargo, había comprendido algo simple, casi incómodo en su misma simplicidad: dejar de ser necesario para el mundo no implicaba, necesariamente, dejar de hacer. A partir de ahí, la pregunta cambió de forma. Se volvió más estrecha, más difícil de sostener, más incómoda de mirar de frente.

Ya no se trataba de qué hacer, sino de para quién. Y, por primera vez desde que todo había empezado a desplazarse sin ruido, no intentó buscar la respuesta en el sistema. La dejó ahí, suspendida sin resolverla como si por fin pudiera permitirse no cerrarla. Como todo lo demás.

Este apartado permite advertir que, incluso sin conflicto abierto, emergen formas difusas de resistencia. No como oposición organizada, sino como intentos fragmentarios de reinscribir el significado del trabajo en un contexto en el que la participación ha dejado de ser estructuralmente necesaria.



Capítulo 9.
Lo que
podría venir

—No hay un solo futuro —dijo Julián. Estaban sentados en un banco, en la misma plaza de siempre, aunque el lugar ya no se sentía exactamente igual. En el centro, la estructura metálica giraba despacio guiada por un ritmo sin referencia visible. El aire, tenue y casi inmóvil, envolvía una ciudad que se extendía con una estabilidad inquietante y excesiva, como si hubiese alcanzado un punto en el que cualquier alteración produjera de inmediato, una sensación de desajuste.

Jorge tardó en responder. Observaba a las pocas personas que atravesaban la plaza; dispersas, sin urgencia ni rumbo definido como si el tiempo ya no les reclamara nada. Permaneció así unos segundos dejando que la imagen se asentara, hasta que la pregunta terminó por imponerse; no como una inquietud nueva, sino como algo que ya no podía seguir postergando: si el sistema ya no los necesitaba, ¿qué ocurría ahora?, ¿qué venía después?

Julián entrelazó las manos antes de responder. No habló de inmediato. Parecía medir no las palabras, sino el alcance de lo que estaba a punto de decir, como si cualquier formulación simplificara demasiado lo que, en realidad no podía reducirse a una sola forma. Dijo que dependía, pero no en un sentido abierto o arbitrario, sino en función de algo más concreto: cómo se reorganizara el poder.

Jorge frunció el ceño. La respuesta le sonó imprecisa, casi evasiva como si evitara decir algo más directo. Pero Julián añadió que, aunque el futuro no estaba definido, tampoco carecía por completo de forma. Había patrones, direcciones posibles y formas que ya empezaban a insinuarse en el presente, aunque aún no fueran del todo visibles.

No hizo una lista. No ordenó las posibilidades. Más bien dejó que aparecieran una tras otra, como si no fueran dimensiones separadas, sino variaciones de una misma transformación que aún no terminaba de definirse.

En algunos casos, nada cambiaba en lo esencial. El sistema seguía funcionando con la misma regularidad. Las máquinas producían y el capital se concentraba en sus dueños. De algún modo, la riqueza seguía creciendo y acumulándose. Todo mejoraba en términos técnicos; todo se volvía más eficiente, más estable, más autónomo. Y, sin embargo, la mayoría quedaba al margen.

No fuera del mundo. Seguían ahí: en las mismas calles, en los mismos espacios.

Pero sí fuera de su funcionamiento económico.

Sin ingresos propios. Sin una función clara. Y sin capacidad real de incidir en lo que acaecía.

Dependían de mecanismos mínimos de subsistencia, o ni siquiera de eso. No como una anomalía, más bien como la consecuencia lógica de un sistema que ya no las requería para mantenerse vigente.

Jorge sintió un leve nudo en el estómago, algo apenas perceptible pero persistente. Dijo que no podía ser sostenible, casi como un reflejo, como si la afirmación fuera una forma de proteger algo que aún quería creer. Julián lo corrigió con una serenidad inquietante como si ya no existiera espacio para interpretar las cosas de otro modo. Podía sostenerse, pero no si el sistema intentaba extenderlo a todos. La frase no se percibió como una provocación; al contrario, fue asumida como una evidencia.

En ese desplazamiento, el poder no solo se acumulaba, sino que se tornaba cada vez menos accesible. Ya no había necesidad de

negociar con quienes habían dejado de ser necesarios. Y, sin trabajo —añadió Julián—, también se perdía algo más profundo: una forma de organización, de identidad, de presión colectiva. Durante siglos, incluso en sus formas más precarias, el trabajo había sido la base desde la cual las personas podían articularse, reclamar, resistir. Sin eso, la posibilidad se venía abajo.

La exclusión no requería violencia; podía desplegarse en silencio. Las personas no desaparecían. Simplemente dejaban de tener una participación clara en lo que estaba ocurriendo. El silencio que siguió fue breve, pero denso, como si la idea necesitara asentarse sin interrupciones. Y, aun así, no era la única dirección posible.

En otros casos, la lógica se transformaba. No de manera espontánea ni automática, sino como resultado de una decisión que el sistema, por sí mismo, no tenía por qué tomar. Se reconocía que el trabajo ya no era necesario y, a partir de ese punto, todo se reorganizaba. El acceso a los recursos dejaba de depender del empleo. Ya no se trataba de intercambiar tiempo por ingresos ni de justificar la existencia a través de una función productiva. La producción continuaba, pero ya no como condición de supervivencia, sino como algo que el sistema podía sostener por sí mismo.

A Jorge la idea le pareció distante casi improbable, no porque fuera imposible, sino porque implicaba algo que el sistema nunca había hecho por sí solo: redistribuir sin necesidad. Julián no lo negó. Dijo que lo era. Pero también añadió que la capacidad de hacerlo ya existía. Más que suficiente. El problema no era técnico, era político. Esto implicaba cambiar quién decidía.

En ese escenario, las personas no desaparecían del sistema, pero cambiaban su relación con este. Ya no trabajaban para sobrevivir. Ya no dependían de una función para justificar su lugar. Pero eso no resolvía todo. Al contrario; surge aquí, otra dificultad más compleja, más difícil de enfrentar: decidir qué hacer con la propia vida sin que nadie lo impusiera.

Habría más tiempo: tiempo para aprender, para crear, para pensar. Pero nada garantizaba que supieran qué hacer con él.

Durante siglos, el trabajo había definido lo que eran. Había organizado sus días, sus expectativas, sus límites. Sin él, esa estructura desaparecía. Y lo que quedaba no era simplemente libertad, sino algo más inestable, más difícil de sostener: la necesidad de definirse sin un marco previo.

Jorge miró sus manos, como si en ellas quedara algún rastro de esa definición que ya no estaba. Pero incluso ese escenario parecía poco probable.

Julián no lo dijo de forma directa. El cambio en su tono fue suficiente. Había otra posibilidad más cercana, más alineada con lo que ya estaba ocurriendo, aunque todavía no se reconociera del todo.

En ese caso, el sistema no colapsaba. Tampoco se transformaba en lo esencial. Seguía funcionando como siempre, quizá mejor que antes. Las personas seguían ahí visibles, presentes e integradas en la superficie del mundo. Pero su papel cambiaba de forma más sutil. Ya no eran actores; simplemente comenzaban a formar parte del entorno.

El sistema no necesitaba su trabajo, pero sí podía utilizar algo más: su comportamiento. Sus decisiones, su atención, sus hábitos. Todo aquello que no era necesario para producir, pero que podía integrarse en una lógica más amplia de funcionamiento.

Jorge señaló que eso ya ocurría. Las plataformas, los datos, la optimización de la experiencia. Pero Julián aclaró que ahora sería diferente. No se trataba de herramientas, sino de una condición general. A mayor escala, con mayor precisión y sin una salida real.

Las pantallas, los dispositivos y los flujos invisibles que organizaban la vida cotidiana ya formaban parte del entorno. No se trataba de introducirlos. Era otra cosa: ampliar su alcance.

En ese contexto, los seres humanos no quedaban fuera, solo eran gestionados y sometidos.

La palabra no fue enfatizada. No hacía falta. Se instaló con un peso propio como si no describiera algo nuevo, sino algo que ya estaba ocurriendo sin ser nombrado.

No hacía falta imponer nada, explicó Julián, si era posible diseñar el entorno en el que alguien decidía. El sistema no necesitaba dominar. Solo necesitaba que siguieran siendo predecibles.

Jorge sintió un escalofrío que no venía del frío. Miró la ciudad. Todo parecía tranquilo, incluso armónico. Nada indicaba conflicto, nada sugería una ruptura. Pero esa calma tenía algo distinto ahora, algo que no lograba nombrar del todo, como si fuera el resultado de un equilibrio que ya no dependía de quienes lo habitaban.

En ese punto lo entendió: en cualquiera de esos escenarios, el trabajo no regresaría, al menos no en la forma en que lo habían conocido. Julián lo confirmó sin ambigüedades.

Jorge respiró hondo. Intentó formular otra pregunta, pero al final no logró terminarla. No porque no la tuviera, sino porque empezaba a intuir que ya no se trataba de encontrar respuestas. Ahora, la dificultad no estaba en las preguntas. Estaba en el lugar desde el cual aún podían originarse.

Julián tardó en responder. Miró la ciudad por un segundo como si la respuesta estuviera fuera, es decir, en ese paisaje. Clavó su mirada meticulosa en la plaza, la estructura girando, las personas dispersas como si la respuesta no estuviera en las palabras, sino en ese equilibrio extraño que ya se estaba desplegando frente a ellos.

Finalmente dijo que no habían elegido aún entre esos caminos que, en realidad, se estaban moviendo entre ellos. Jorge lo miró y preguntó quién elegía. Julián sostuvo su mirada unos segundos antes de responder que esa era la verdadera pregunta. El viento pasó suavemente, sin alterar nada.

Jorge volvió a observar la ciudad. Esta vez no intentaba entender el presente; en su lugar, trataba de imaginar si tendría un lugar en lo que venía. Y, por primera vez, la idea que se formó no fue una duda, sino algo más inquietante: no estaba seguro de que ese lugar tuviera que existir.

Este apartado muestra que los escenarios futuros no se definen únicamente por el desarrollo tecnológico, sino por la capacidad —o incapacidad— de reconfigurar las formas de integración social cuando el trabajo deja de ser el principio organizador de la vida en comunidad.

Capítulo 10. ¿Liberación o irrelevancia?



Jorge dejó de buscar trabajo, aunque nunca hubo un momento exacto en el que pudiera decir que había tomado esa decisión. No hubo claridad, ni tampoco un quiebre reconocible. Nadie llega a ese punto de forma explícita. Simplemente ocurre porque lo que estaba deja de sostenerse, sin que haya un momento exacto que lo marque. Simplemente sucede, como un gesto que se desvanece sin anunciarse, como una rutina que pierde su lugar sin que nadie la interrumpa. Un día se abre la página, se revisan las opciones, se intenta una vez más; al siguiente, ya no. No hay conclusión. Solo una ausencia que comienza a repetirse.

Una mañana, Jorge encendió el portátil, fijó la mirada en la pantalla y aguardó. No tenía claro qué buscaba, pero permaneció allí unos segundos, como si algo pudiera surgir con solo insistir, como si la repetición del gesto aún sostuviera su sentido. No ocurrió nada, nada que reclamara su atención ni justificara su presencia. Cerró el equipo. No hizo ruido, tampoco lo pensó como un punto de inflexión. Simplemente no volvió a intentarlo. No fue una decisión; fue más bien, la forma en que algo dejó de tener lugar.

A partir de ahí, los días comenzaron a diluirse. Seguían teniendo mañana, tarde y noche, pero esas divisiones ya no organizaban nada. No había urgencia, comienzo ni final. Tampoco una estructura que lo obligara a levantarse ni una razón que indicara cuándo parar. Solo quedaba una continuidad suave, ordenada, casi impecable pero profundamente indiferente a él. El tiempo no había desaparecido; simplemente había dejado de exigirle algo.

La ciudad, en cambio seguía funcionando. Eso nunca cambió. Jorge salía a caminar sin rumbo. Al principio lo hacía para despejar la mente como tantas veces antes, como si el movimiento pudiera restituir una forma de claridad que ya no encontraba en ningún

otro lugar. Después dejó de hacerlo por esa razón. Salía porque quedarse demasiado tiempo en el apartamento hacía que el silencio se volviera abrumador, casi tangible como si, en ausencia de toda obligación lo único que quedara fuera la constatación de que no hacía falta estar en ningún sitio. Afuera, al menos, había movimiento, aunque ya no fuera suyo.

Una tarde se detuvo frente a una pantalla pública. Mostraba datos en tiempo real: producción estable, crecimiento sostenido, optimización máxima. Todo en verde. Todo correcto. Jorge observó los números durante un rato no porque los entendiera del todo, sino porque esperaba algo que no lograba definir con precisión. Tal vez una anomalía. Tal vez un error. Tal vez alguna referencia a él, algún indicio de que, en medio de ese flujo perfecto todavía había un lugar donde encajar. Pero no apareció nada. Los datos no lo incluían. No lo necesitaban.

Siguió caminando. Encontró a Julián en la plaza. No hubo entusiasmo en el saludo, pero tampoco hacía falta. Había algo en su relación que ya no dependía de esos gestos, como si ambos hubieran llegado a un punto en el que las palabras y las formas habituales de reconocimiento hubieran perdido su urgencia. Se sentaron y, durante unos minutos ninguno dijo nada. No era incomodidad. Era, más bien, una forma de habitar el mismo espacio sin necesidad de justificarlo.

Al final, Jorge terminó hablando sin pensarlo demasiado, se preguntó si todo aquello era libertad. Julián dejó pasar unos segundos antes de responder, como si el interrogante abriera algo que no podía resolverse al instante. Enseguida, comentó que dependía de lo que se entendiera por libertad.

Jorge soltó una risa leve, sin humor. Antes trabajaban porque no había opción. Ahora no trabajaban, pero tampoco había opción. La frase quedó suspendida entre ambos. Julián no la corrigió.

El viento pasó entre los árboles sin alterar nada. Jorge siguió hablando, como si al hacerlo pudiera aclarar la idea. Siempre había pensado que el problema era el trabajo, que todo aquello sería el final de algo negativo, de una forma de vida que imponía ritmos, obligaciones y dependencias. Julián inclinó levemente la cabeza. Lo había sido, sí. Pero Jorge añadió algo que ya no podía ignorar: no se sentía como el inicio de algo mejor. Porque, cuando desaparecen las estructuras que nos obligaban a actuar, también se desvanecen, en silencio, aquellas que nos ayudaban a entender por qué hacerlo.

El silencio que siguió no fue incómodo. Julián explicó que el trabajo había sido durante mucho tiempo una forma de control, pero también una forma de pertenecer al mundo. Este organizaba el tiempo, definía roles, establecía vínculos y permitía que las personas se reconocieran dentro de algo más amplio. Y ahora, sin él, no tenían ninguna de las dos cosas. Ni la imposición, ni la pertenencia.

Jorge apoyó los codos sobre las rodillas y permaneció así unos segundos antes de hablar de nuevo. Dijo que lo peor era que nada estaba mal. Levantó la mirada hacia la ciudad. No había crisis, ni colapso, ni caos. No había señales de deterioro, ni indicios de que algo estuviera fallando.

Sin crisis no hay señal. Y, aun así, todo indicaba que debía haberla. Durante siglos el sistema había dependido del trabajo humano para sostenerse. Si ese trabajo desaparecía, lo esperable habría sido una ruptura. Pero no ocurrió. El sistema no se detuvo. Fue entonces cuando la pregunta cambió: ya no se trataba de qué había fallado, sino de qué tipo de sistema era capaz de continuar incluso después de haber perdido aquello que lo hacía posible.

Todo funcionaba mejor que antes. Y, aun así, no terminó la frase. No hacía falta.

Un grupo de drones cruzó el cielo en perfecta sincronía. Ninguno falló, ninguno dudó, ninguno necesitó corregirse. Jorge los siguió con la mirada hasta que desaparecieron como si en ese movimiento hubiera algo que confirmaba lo que aún no terminaba de aceptar.

Durante años había pensado que el verdadero miedo era que las máquinas los reemplazaran. Pero esa idea suponía algo que ya no ocurría: que alguien pudiera ocupar su lugar, que ese lugar siguiera existiendo.

Esto era distinto. El silencio se volvió más profundo.

Jorge cerró los ojos por un instante. Durante años, todo había tenido sentido. Levantarse, trabajar, resolver, producir, responder. No era perfecto, pero era suficiente. Había una lógica, una estructura, una razón que organizaba incluso aquello que no se comprendía del todo. Cuando abrió los ojos, todo eso seguía existiendo.

Solo que ya no lo incluía.

Entonces lo dijo en voz baja como si recién pudiera formularlo sin que la frase se deshiciera: no los habían reemplazado. Simplemente habían seguido sin ellos.

El viento volvió a pasar. Nada cambió. Jorge se levantó, caminó unos pasos y se detuvo. Miró a la gente, a los sistemas, a la ciudad. Todo estaba en movimiento. Menos él.

No porque no pudiera moverse, sino porque ya no había hacia dónde.

Volvió la mirada hacia el horizonte de edificios. Por primera vez, no intentó entender ni adaptarse, ni recuperar nada. Porque no había nada que recuperar. Lo que había cambiado no era su lugar dentro del sistema, sino la existencia misma de ese lugar.

Nunca hubo un lugar garantizado. Solo una forma transitoria de ser necesario. Y esa forma había terminado.

Jorge apoyó la mano en el vidrio de la vitrina. Del otro lado, los objetos se movían con una precisión constante, sin pausas y sin duda como si nadie tuviera que mirarlos. Entonces Jorge retiró la mano lentamente.

Por un instante, sintió algo cercano a la claridad. No era alivio ni resignación, sino una lucidez breve y firme, ajena a cualquier consuelo. Comprendió entonces que el mundo no se había vuelto en su contra, que no había habido ruptura ni exclusión deliberada; simplemente había seguido su curso y, en ese movimiento continuo, había dejado de contar con él.

Y en ese momento comprendió algo que había evitado formular hasta entonces, no por falta de evidencia, sino porque implicaba una renuncia más profunda: tal vez el problema nunca fue el trabajo. Tal vez el problema fue haber creído que eran necesarios.

Jorge se quedó quieto mientras la ciudad seguía funcionando como siempre, sin errores, sin interrupciones, sin él. Y entonces, por primera vez la pregunta dejó de ser qué iba a hacer ahora. Se transformó en otra más simple y, al mismo tiempo, más difícil: si el mundo puede existir perfectamente sin nosotros, ¿seguimos siendo parte de él o solo estamos viviendo al margen de algo que ya aprendió a continuar sin mirar atrás?

En síntesis, la superación del trabajo lejos de garantizar una forma de emancipación, puede dar lugar a una condición en la que el ser humano pierde relevancia sin que surjan nuevas estructuras capaces de reconfigurar su lugar. La liberación del trabajo se invierte así en una forma de irrelevancia estructural.

Capítulo 11. El problema no era el trabajo



Durante varios decenios, el problema pareció claro, casi indiscutible como si formara parte del orden natural de las cosas: trabajábamos demasiado. No era únicamente una cuestión de esfuerzo o desgaste, sino de dependencia. La vida entera parecía organizada alrededor del trabajo, no como una elección, sino como una condición. Del trabajo dependían el ingreso, el tiempo, el ritmo de los días y, en gran medida, la forma en que cada uno podía situarse en el mundo. Incluso en sus formas más injustas, asfixiantes o arbitrarias, este conservaba algo que lo hacía comprensible. Existía una relación reconocible entre lo que se hacía y lo que eso significaba, entre el esfuerzo invertido y el lugar que se ocupaba. No era una relación equitativa, pero sí legible

Por eso, la solución también parecía evidente. Si el problema era el trabajo, había que reducirlo. Automatizar, optimizar, delegar en las máquinas aquello que durante siglos había recaído sobre el cuerpo humano. La promesa parecía simple, aunque en el fondo no lo era tanto: liberar a las personas de la necesidad de trabajar para poder vivir de otra manera. A lo largo de los años, esa idea reaparecía con insistencia, rara vez puesta en duda. Cada innovación reforzaba la impresión de que aquel futuro no surgía como una posibilidad entre otras. El devenir era la consecuencia natural de la intensificación tecnológica.

Y, en muchos sentidos, eso fue exactamente lo que ocurrió. Las máquinas aprendieron, los sistemas se perfeccionaron y la producción comenzó a sostenerse por sí misma. Lo que antes requería horas de atención humana empezó a resolverse en segundos. Las decisiones se anticipaban, los errores se corregían antes de aparecer, los procesos se ajustaban sin necesidad de la intervención de hombres y mujeres. Poco a poco, sin una ruptura visible el trabajo dejó de ser necesario en el sentido en que siempre

lo había sido. No desapareció de inmediato, pero dejó de ser una condición para que el mundo funcionara.

Sin embargo, había algo en ese desplazamiento que no encajaba del todo con la promesa inicial. Porque hay una diferencia —profunda, decisiva— entre dejar de trabajar y dejar de ser necesario. Durante siglos, el valor había estado ligado a la acción humana, al tiempo invertido, al esfuerzo incorporado en las cosas. Esa relación no era perfecta, pero estructuraba la forma en que se comprendía la economía y, en un sentido más amplio, la forma en que era entendida la propia existencia dentro de ella. Cuando esa relación comienza a deshacerse, no solo cambia la manera en que se produce. También se desdibuja el principio que hacía que todo aquello fuera inteligible.

Hoy, aquella claridad empieza a disiparse. El mundo continúa su marcha sin nuestra participación, la economía persiste sin nuestro trabajo y el sistema perfecciona su funcionamiento prescindiendo de nosotros. Ese desplazamiento no se queda en el empleo, también atraviesa todo lo demás. Alcanza algo más profundo, más difícil de nombrar: la posición misma del ser humano dentro de una estructura que, históricamente, había necesitado de él para existir. Porque, si ya no somos necesarios para que el mundo funcione, no solo cambia lo que hacemos; también se alteran las condiciones que hacían posible que ese hacer tuviera significado.

Esa transformación no ocurre de forma abrupta. No hay un momento en el que pueda señalarse con claridad el paso de un estado a otro. No hay colapso, ni ruptura, ni un antes y un después que se impongan como evidencia. Lo que hay es continuidad. El mundo sigue funcionando, perfeccionándose, expandiéndose, pero lo hace de una manera que ya no requiere de nosotros. Y en esa continuidad silenciosa se produce un desplazamiento más radical que cualquier interrupción: dejamos de ser necesarios sin que nada tenga que expulsarnos.

En ese punto, la pregunta se desliza hacia otra forma casi sin anunciarse. Ya no se trata de qué hacemos en el mundo ni de cómo nos insertamos en él a través del trabajo. Se trata de algo más incómodo, más difícil de sostener: qué somos dentro de él cuando nuestra acción deja de ser condición de su funcionamiento. La pérdida no se limita a lo económico o laboral. Va mucho más allá. Es una pérdida de referencia, de una estructura que, incluso en su desigualdad permitía reconocerse dentro de un orden comprensible.

Tal vez esta transformación pueda leerse como una forma de liberación. La posibilidad de vivir sin estar atados a la necesidad de producir, de reorganizar el tiempo, de encontrar sentido más allá de la utilidad inmediata. Durante generaciones, esa fue la promesa que acompañó cada avance técnico, cada mejora en la eficiencia, cada reducción en la necesidad de intervención humana. Pero también puede ser algo distinto, algo más difícil de aceptar; esto es, una forma silenciosa de irrelevancia, una transición en la que el ser humano deja de ocupar un lugar central sin que nada tenga que desplazarlo activamente.

El futuro que durante décadas se había imaginado estaba marcado por la idea del control. Se hablaba de sistemas que podían vigilar lo que hacían las personas. También de cómo los sistemas regulaban el comportamiento de los humanos y cómo los obligaban a adaptarse todo el tiempo. Pero lo que empezó a emerger no se parecía a esas proyecciones. No había necesidad de vigilar cuando ya no había nada que exigir. El problema no era el exceso de control, sino la ausencia de necesidad, la falta de urgencia. Más que volverse opresivo, el sistema dejaba de requerir nuestra participación para sostenerse, para continuar en marcha.

Y, sin que ello lo impidiera, incluso esa idea supone algo que ya no es del todo evidente: que todavía conservamos la capacidad de decidir. Y si esa capacidad también comienza a diluirse, no por imposición, sino por falta de lugar donde ejercerse, entonces la

pregunta final deja de ser sobre el trabajo. Aun en aquello que ha dejado de responder al capital, el efecto vuelve inevitablemente sobre nosotros.

Sobre si aún podemos definir nuestro lugar en el mundo cuando ese lugar ya no está dado por la necesidad. Sobre si somos capaces de construir sentido en ausencia de una estructura que lo imponga. O, más inquietante aún, sobre si ese lugar nunca fue algo propio, sino apenas una función temporal dentro de un sistema que, finalmente aprendió a continuar prescindiendo de nosotros.

Para cerrar, el núcleo del problema no reside en el trabajo en sí mismo, sino en la necesidad como principio organizador de la relación entre el individuo y el sistema. Su desaparición no elimina únicamente una actividad, sino que transforma las condiciones mismas de existencia al desarticular la mediación que hacía posible la pertenencia y el sentido.

Reflexiones finales

Lo que a lo largo de este escrito se ha intentado explorar no es únicamente la desaparición del trabajo, sino una alteración más profunda y difícil de nombrar: la pérdida de su necesidad como condición de funcionamiento del régimen de producción capitalista. Este cambio no adopta la forma de una ruptura visible ni de un evento preciso, sino que se desarrolla de manera progresiva hasta volverse en algún punto, inevitable. La economía no colapsa, la producción no se detiene y los sistemas continúan operando con una precisión extraordinaria y creciente. Y, aun así, en medio de esa continuidad, algo primordial deja de sostenerse.

Si el trabajo fue durante largos lapsos de tiempo la condición de pertenencia al mundo, el Estado fue la forma institucional que organizó esa pertenencia. Pero en un escenario en el que el sistema ya no requiere humanos, esa mediación comienza a vaciarse. El Estado no desaparece por confrontación, sino por pérdida de función: permanece, pero ya no organiza lo esencial. Continúa, pero ya no es necesario.

A partir del desarrollo conceptual y narrativo aquí expuesto, es posible identificar un conjunto de desplazamientos que permiten comprender esta transformación en contextos de automatización avanzada. Aunque no derivan de una verificación empírica convencional, estos hallazgos constituyen aportes analíticos y reflexivos en la medida en que reconfiguran la forma de entender la relación entre trabajo, valor y sistema económico.

En primer lugar, se evidencia una ruptura progresiva entre trabajo y valor. Mientras la tradición de la economía política situaba el trabajo como fundamento de la producción y medida del valor, el escenario aquí planteado permite observar la posibilidad de un sistema que continúa operando sin requerir dicha mediación.

En segundo lugar, se identifica la pérdida de la necesidad del trabajo como un desplazamiento más radical que su transformación o desaparición. No se trata únicamente de la reducción del empleo; se trata más bien, de la progresiva erosión del vínculo entre la acción humana y la reproducción autónoma del capital.

En tercer lugar, esta transformación implica una reconfiguración de los mecanismos de reconocimiento social. Si el trabajo operaba como uno de los principales dispositivos de integración y sentido, su pérdida como condición necesaria altera las formas mediante las cuales los individuos se reconocen como parte del mundo que habitan.

Y, en cuarto lugar, se hace visible una mutación en la racionalidad del sistema en la que la producción deja de depender de los humanos y adquiere una dinámica progresivamente autónoma. La automatización, en este contexto no constituye únicamente un avance técnico, sino una reconfiguración estructural de las condiciones de funcionamiento del mundo social.

En este proceso, la inteligencia artificial adquiere un papel decisivo. Su desarrollo no se limita a la automatización de tareas, sino que implica la progresiva incorporación de funciones que durante largo tiempo fueron consideradas propias de las personas como la interpretación, la toma de decisiones, la anticipación y la creación. Así, este tipo de tecnología no solo sustituye trabajo, sino que redefine los criterios mismos a partir de los cuales la participación humana podía considerarse necesaria.

A medida que los sistemas se vuelven capaces de aprender, adaptarse y operar con relativa autonomía se reduce no solo la demanda de trabajo, sino el espacio en el que el trabajo conserva un valor insustituible. La cuestión ya no es, entonces, qué tareas pueden ser automatizadas. La pregunta ahora es qué lugar queda para la dimensión humana en un mundo que ha comenzado a

incorporar incluso sus capacidades más complejas como parte de su propio funcionamiento.

La exclusión ya no se manifiesta en los términos tradicionales asociados al desempleo o la precarización laboral, sino que adquiere una forma más silenciosa y difusa relacionada con la pérdida de relevancia funcional. No se trata de individuos desplazados de un sistema que aún los necesita, alude a sujetos cuya presencia deja de ser necesaria para su continuidad.

Asimismo, la pérdida de la necesidad del trabajo reconfigura las condiciones de producción de significado. Históricamente, el trabajo estructuró la experiencia del tiempo, organizó la vida cotidiana y permitió a los individuos situarse dentro de un marco de expectativas relativamente estable. La pérdida de su papel como eje organizador introduce una forma de desorientación que no se manifiesta necesariamente como un conflicto abierto, sino como una dificultad cada vez mayor para articular la acción individual con la continuidad del mundo.

En este punto, la promesa histórica de la automatización —entendida como liberación del esfuerzo físico y mental— se revela insuficiente para dar cuenta de las implicaciones de esta transformación. La superación del trabajo lejos de garantizar nuevas formas de realización o integración, puede derivar en escenarios en los que los humanos pierden centralidad sin que ello implique la emergencia de estructuras capaces de reconfigurar su lugar en la realidad. La automatización no conduce necesariamente a la emancipación de los individuos, sino que abre la posibilidad de una forma inédita de irrelevancia estructural.

A lo largo de este manuscrito, esta transformación no ha sido abordada mediante la formulación de un modelo cerrado ni a través de la verificación empírica de una hipótesis, sino desde un enfoque de investigación-creación en el que la reflexión

conceptual se articula con la construcción de un escenario y la experiencia de quienes lo habitan. La narrativa asume aquí una función epistemológica, haciendo visible aquello que los paradigmas convencionales no logran captar plenamente.

La figura de Jorge ha permitido hacer visible el tránsito entre dos formas de relación con el mundo: una en la que el trabajo estructuraba la existencia y otra en la que dicha configuración se disuelve sin ser reemplazada por una alternativa clara. Lo que inicialmente aparece como una dificultad individual se revela progresivamente como la manifestación de una transformación estructural más amplia.

Más que perfeccionar la producción, la automatización extrema reconfigura las mediaciones históricas que organizaban la correspondencia entre trabajo, reconocimiento y vida colectiva. De este proceso emerge una tensión fundamental resumida en la posibilidad de que el fin del trabajo no implique liberación o independencia, más bien la pérdida de aquello que otorgaba al sujeto un lugar necesario dentro del mundo que él mismo instauró.

Más allá de la técnica, la economía sin agentes ocupados abre una dislocación en las formas históricas mediante las cuales lo humano participaba en la vida colectiva. De ahí surge una pregunta que desborda la economía: no qué haremos sin trabajo, sino qué significa existir en un mundo que ya no nos necesita; es decir, cuando dejamos de ser necesarios.

En definitiva, el conocimiento generado en esta obra no se presenta como un cuerpo de conclusiones acabadas; en realidad, es una reconfiguración del problema en sí mismo. El desplazamiento central no consiste en responder qué ocurre con el empleo o el mercado laboral, sino en evidenciar que la cuestión ha dejado de poder formularse en esos términos. En su lugar, emerge una interrogación más radical, situada en la relación entre valor, necesidad y existencia humana.

Referencias

- Arendt, H. (2009). *La condición humana* (Primera ed.). (R. Gil Novales, Trad.) Paidós. (Obra original publicada en 1958).
- Arendt, H. (1978). *The Life of the Mind: Volume One, Thinking*. Harcourt Brace Jovanovich.
- Autor, D. H. (2015). Why Are There Still So Many Jobs? The History and Future of Workplace Automation. *Journal of Economic Perspectives*, 29(3), 3-30. <http://dx.doi.org/10.1257/jep.29.3.3>
- Benanav, A. (2020). *Automation and the Future of Work*. Verso.
- Berardi, F. (2009). *The Soul at Work: From Alienation to Autonomy*. Semiotext(e).
- Berardi, F. (2011). *After the future*. Ak Press.
- Borgdorff, H. (2012). *The Conflict of the Faculties. Perspectives on Artistic, Research and Academia*. Leiden University Press.
- Braidotti, R. (2013). *The Posthuman*. Polity Press.
- Brynjolfsson, E. (2014). *The Second Machine Age: Work, Progress, and Prosperity in a Time of Brilliant Technologies*. WW Norton & Co.
- Candy, L. & Edmonds, E. (2018). Practice-Based Research in the Creative Arts. Foundations and Futures from the Front Line. *Leonardo*, 51(1), 63–69. doi:doi:10.1162/LEON_a_01471
- Dunne, A. & Raby, F. (2013). *Speculative Everything. Design, Fiction and Social Dreaming*. MIT Press.
- Ellul, J. (1964). *The Technological Society*. Vintage Books.

- Fisher, M. (2009). *Capitalist Realism: ¿Is There No Alternative?* Zero Books.
- Ford, M. (2016). *Rise of the Robots: Technology and the Threat of a Jobless Future*. Basic Books.
- Gorz, A. (1997). *Metamorfosis del trabajo. Búsqueda del sentido. Crisis de la razón económica*. (M. C. Ruiz de Elvira, Trad.) Editorial Sistema. (Obra original publicada en 1988).
- Gorz, A. (1999). *Reclaiming Work: Beyond the Wage-Based Society*. Polity Press.
- Gorz, A. (2001). *Farewell to the Working Class: An Essay on Post-Industrial Socialism*. Pluto Press.
- Graeber, D. (2018). *Bullshit Jobs: A Theory*. Simon & Schuster.
- Han, B.-C. (2025). *La sociedad del cansancio*. (A. Saratzaga Arregi, Trad.) Herder. (Obra original publicada en 2010).
- Haraway, D. J. (2016). *Staying with the Trouble: Making Kin in the Chthulucene*. Duke University Press.
- Hayles, N. K. (1999). *How We Became Posthuman: Virtual Bodies in Cybernetics, Literature and Informatics*. University of Chicago Press Journals.
- Heidegger, M. (1977). *The Question Concerning Technology*. Garland Publishing.
- Honneth, A. (1995). *The Struggle for Recognition. The Moral Grammar of Social Conflicts*. MIT Press.
- Jameson, F. (2005). *Archaeologies of the Future: The Desire Called Utopia and Other Science Fictions*. Verso.

- Marcuse, H. (1991). *One-Dimensional Man: Studies in the Ideology of Advanced Industrial Society* (2nd ed.). Beacon Press.
- Marx, C. (2014). *El Capital: Crítica de la economía política, tomo I, Libro I. El proceso de producción del capital*. Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1867).
- Marx, K. (1971). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*. (P. Scaron, Trad.) Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1903).
- Postone, M. (1993). *Time, Labor and Social Domination: A Reinterpretation of Marx's Critical Theory*. Cambridge University Press.
- Ricardo, D. (1993). *Principios de economía política y tributación*. (J. B. Broc, N. Wolff, & J. Estrada M., Trans.) Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1817).
- Rifkin, J. (1996). *The End of Work: The Decline of the Global Labor Force and the Dawn of the Post-Market Era*. Tarcher.
- Sennett, R. (1998). *The Corrosion of Character: The Personal Consequences of Work in the New Capitalism*. W W Norton & Co Inc.
- Simondon, G. (2017). *On the Mode of Existence of Technical Objects*. University Of Minnesota Press.
- Smith, A. (2011). *La riqueza de las naciones*. (C. Rodríguez Braun, Trad.) Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1776).
- Srnicek, N. & Williams, A. (2016). *Inventing the Future: Postcapitalism and a World Without Work*. Verso.

Sobre los autores:

MARIO EDUARDO HIDALGO VILLOTA

Doctor en Administración y Política Pública por la Universidad Nacional de Córdoba (República Argentina). Con estancia de investigación posdoctoral en el Programa Multidisciplinario de Formación Continua para Doctores en Ciencias Sociales, Humanidades y Artes del Centro de Estudios Avanzados (CEA) de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba (República Argentina) y estancia de investigación en el Programa de Posdoctorado de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (República Argentina).

Profesor Asociado del Departamento de Economía de la Universidad de Nariño (Colombia), investigador reconocido por el Sistema Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación de MINCIENCIAS y miembro del Grupo de Investigación en Economía, Gobierno y Políticas Públicas. Autor y coautor de varios libros y artículos académicos publicados en revistas indexadas de acceso abierto.

Ocupó los cargos de Director del Centro de Estudios de Desarrollo Regional (CEDRE), Director de la Oficina de Planeación y Desarrollo y Director del Departamento de Economía de la Universidad de Nariño.

CRISTIAN DAVID HIDALGO LÓPEZ

Maestro en Artes Plásticas por la Universidad Nacional de Colombia sede Bogotá y realizador audiovisual con amplia experiencia en creación-investigación interdisciplinar. Su trabajo integra cine de ficción, escritura experimental, documental y artes vivas.

Ha exhibido sus obras en festivales nacionales e internacionales en países de América Latina, Europa y Asia, explorando la relación entre lenguajes plásticos, visuales y sonoros en territorios marcados por el conflicto armado colombiano. Su proyecto *La Casa Grande* constituye una investigación estética sobre el habitar y la construcción simbólica del espacio. Cuenta además con experiencia en producción, dirección, escritura, asesoría y asistencia en investigación de proyectos artísticos y audiovisuales.

èditorial

Universidad de **Nariño**

Año de publicación: 2026
San Juan de Pasto - Nariño - Colombia

Esta obra plantea una reflexión crítica, en clave de ficción económica sobre un futuro en el que la automatización ha alcanzado su máximo nivel de sofisticación. En este escenario, las máquinas producen, los sistemas toman decisiones y la economía funciona con eficiencia absoluta, sin crisis ni interrupciones visibles. No obstante, esta aparente perfección encubre una transformación profunda: los seres humanos han dejado de ser funcionales a la lógica productivista.

A través de dos personajes Jorge y Julián, la narrativa explora el proceso de toma de conciencia frente a la nueva realidad. Jorge encarna la experiencia subjetiva de la pérdida de relevancia, mientras que Julián interpreta el alcance estructural del cambio. El problema ya no se limita al desempleo o la precarización laboral, sino que apunta a una ruptura más radical relacionada con la desconexión entre lo humano y el sistema productivo.

Históricamente, el trabajo ha sido el eje central de la organización social, la fuente de valor y el medio de integración de los individuos en la vida económica. En la medida en que el sistema dependía del trabajo humano, también necesitaba de las personas. Aun así, en un contexto donde la producción puede sostenerse sin intervención humana, este nexo se debilita hasta desaparecer. El trabajo no se extingue de inmediato, pero pierde su función estructural.

El ensayo subraya que no se trata de una crisis visible, sino de una continuidad transformada: una economía que sigue operando, pero sin necesidad de quienes antes la sostenían. Esto da lugar a paradojas como la producción sin destinatarios, la eficiencia sin propósito y la abundancia sin sentido compartido.

Finalmente, el texto trasciende el análisis económico para plantear una pregunta existencial: si el trabajo deja de ser el fundamento de la pertenencia social, *¿qué significa existir en un mundo que ya no reclama a los humanos?*

ISBN: 978-628-7933-09-5



9 786287 933095



Universidad de Nariño
FUNDADA EN 1964

ai

Universidad de Nariño
ACREDITADA EN ALTA CALIDAD
REGISTRADA EN MINISTERIO DE EDUCACIÓN 11 DE 2023

editorial
Universidad de Nariño